



morir... ¿para qué?

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

MORIR, ¿PARA QUÉ?

Colección **PUNTO ROJO** n.º 643

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.368 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1974

© BURTON HARE, 1974

texto

© JORGE NUÑEZ, 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.241 — Amor con sangre entra.

En Colección PUNTO ROJO:

639 — Elegí el infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella mujer tendría unos treinta años, era lo bastante hermosa como para volver bizcos a los habituales clientes del Star Palace, que acudían a verla interpretar su inimitable *Danza de los abanicos*, y sin ninguna duda cada uno de los atributos de su sexo estaban donde debían estar.

Además, puede decirse que todo lo que llevaba sobre su persona era la larga y lisa cabellera negra como ala de cuervo.

Jim la miró con sus grandes ojos desorbitados, porque toda aquella belleza desnuda le hubiera obligado a dar saltos en otra ocasión.

Ahora, no.

Ahora, la belleza estaba muerta y Jim boqueaba en busca de aire, porque sus pulmones se habían secado de golpe y le parecía que la garganta acababa de cerrársele.

Luego, cuando su garganta reaccionó, dejó escapar un grito y de un largo brinco salió al pasillo.

Miró arriba y abajo, jadeando. No vio a nadie.

Ladeó la cabeza y atisbo por la puerta abierta, aún con la esperanza de que Wilma la *Tour* abriera los ojos y se incorporase sobre la cama, mostrándole toda la exuberante belleza de su cuerpo..., pero viva.

El sabía que no era así, que Wilma ya jamás volvería a guiñarle el ojo a nadie, ni siquiera a él, de modo que el joven botones del hotel echó a correr pasillo adelante, se precipitó escaleras abajo saltando los peldaños de dos en dos y en la primera planta estuvo a punto de arrollar a la vieja señora Morgan, que le dirigió un florido repertorio de denuestos.

Abajo, en el vestíbulo, el muchacho zumbó como un cohete hasta la puerta del señor Mirror.

El señor Mirror era el obeso detective del hotel, tenía muy malas

pulgas y un vocabulario que ya hubiera querido para sí cualquier sargento de marina. Quizá todo ello fuera debido a su úlcera duodenal.

Tampoco pensó en ello cuando empujó la puerta, que golpeó contra la pared igual que sacudida por un ciclón.

El señor Mirror estaba tumbado en la cama y el portazo le arrancó de un apacible sueño, lo cual agrió un poco más su ya de por sí agrio carácter.

—¿Qué, infiernos...? —barbotó, incorporándose.

Vio al botones boqueando junto a la puerta.

Deseó poder desintegrarlo solo con la mirada, pero eso estaba fuera de sus poderes, así echando mano de su más contundente vocabulario, le dijo en menos de medio minuto lo que opinaba de él.

Sólo cuando se detuvo para recobrar aliento, Jim pudo balbucear:

—¡Arriba..., la señorita La *Tour*...!

—¿Qué demonios pasa con ella, ha querido encerrarte en su habitación o qué?

—¡Está...!

—¡Impresionante, eso ya lo sé!

—¡Muerta!

La úlcera del señor Mirror se retorció de pronto, arrancándole un quejido.

—¿Qué has dicho? —jadeó.

—¡Está muerta!

El detective saltó de la cama. Las frías losas de mármol del suelo enfriaron sus pies desnudos y eso le calmó un poco.

—¡Repítelo! —Gruñó, buscando los calcetines por debajo de la cama.

—¡La encontré muerta, señor Mirror, palabra! Tendida en la cama...

—Ya... ¿No habrás bebido más que de costumbre, por casualidad?

—¡Usted sabe que yo no bebo, señor Mirror!

—Eso no se lo cree ni tu abuela. ¿Dices que estaba en la cama?

Mirror había empezado a calzarse.

El botones añadió:

—Desnuda.

El zapato escapó de las manos del señor Mirror.

—¿Estás seguro?

—¡Bueno! ¿No voy a saber si una mujer está vestida o desnuda con sólo verla?

—Sí, imagino que sí podrás... —Buscó el otro zapato y sin perder tiempo atándose los cordones, empujó a Jim fuera de su cuarto y ambos se precipitaron hacia el ascensor.

Por supuesto, Wilma la *Tour* continuaba tendida en la cama igual que Jim la viera anteriormente. El señor Mirror se quedó petrificado.

De que estaba muerta no había dudas. La empuñadura de un cuchillo asomaba por debajo del seno izquierdo. Afortunadamente, la propia hoja del arma había impedido que brotara la sangre y sólo había una poca, ya seca, alrededor de la herida.

—¿Has tocado algo? —balbuceó Mirror, sin despegar la mirada de aquel cuerpo que parecía hechizarle.

—Sólo el tirador de la puerta.

Los ojos del detective chispearon.

—Más tarde me explicarás qué infiernos viniste a hacer aquí, y por qué te limitaste a abrir la puerta sin asegurarte de si te autorizaban o no.

—Éste..., se lo diré, señor Mirror.

—Después. Ahora, lárgate abajo y asegúrate de que nadie más venga a meter las narices aquí.

—Sí, señor.

—¡Y cierra esa maldita puerta!

El botones salió de estampida y cerró.

Mirror se deslizó en torno a la cama, mirando cuidadosamente al suelo.

Se quedó muy quieto al descubrir los zapatos, estupefacto.

Eran los zapatos de un hombre.

En cuclillas, los examinó sin tocarlos. Buena piel, excelente suela de cuero... Zapatos de artesanía, de mucho precio.

Resultaba sorprendente que un hombre hubiera abandonado el hotel completamente descalzo...

—A menos que sea un huésped —gruñó en voz alta—, en cuyo caso sólo habría tenido que correr hasta su propia habitación. Pero

¿por qué condenado infierno abandonaría sus zapatos?

Se irguió y volvió a mirar el cuerpo sin vida tendido en la cama. Recordó las veces que había seguido con la mirada a aquella mujer cuando entraba o salía del hotel, lo que había pensado al verla moverse de aquel modo que le hacía a uno subir la presión arterial...

Y ahora estaba muerta.

—Lástima, muñeca... —masculló, sacudiendo la cabeza.

Serenándose, dio la espalda al cadáver y abrió el armario empotrado. Había una buena colección de vestidos de Wilma la Tour, todos ellos confeccionados de modo que exaltaran la imaginación de quienes la vieran, como exaltaba a los papanatas que iban a embobarse con su espectáculo de *strip-tease* en el Star Palace.

El señor Mirror dejó de pensar en el *strip-tease* cuando vio el traje gris de excelente corte que colgaba de una percha.

Era el traje de hombre.

Se quedó sin aliento.

Que un tipo saliera de estampida de la habitación olvidándose los zapatos, era hasta cierto punto aceptable.

Que saliera desnudo, no.

Mirror miró a su alrededor, sintiendo cómo su maldita úlcera comenzaba a alborotarse, lo que era muy mala señal. Un sabor a bilis le subió a la garganta cuando fijó la mirada en la cerrada puerta del baño.

Se dirigió a ella. De pronto recordó que no llevaba arma alguna y que el asesino quizá continuaba oculto allí dentro...

Abrió de un puntapié, resoplando.

Y allí estaba.

Colgaba igual que un muñeco del marco del ventanuco, donde se había ahorcado, valiéndose de un largo cordón de seda. El cordón era ni más ni menos que el cinturón de la bata roja que yacía tirada en un rincón.

Sin embargo, no fue la visión del cadáver ahorcado, a pesar de que ya era una visión atroz de por sí, lo que hizo que un extraño frío se introdujera en las venas del detective fue que aquel cadáver era el de Frederick Talbot. Ni más ni menos.

La impresión le paralizó por un tiempo interminable. Luego,

retrocedió y regresó al armario para revisar los bolsillos del traje gris cuidadosamente guardado en una percha.

Había la documentación de Talbot, sus documentos completos incluyendo una tarjeta de crédito del mismo Banco cuya mayoría de acciones le pertenecían.

También había casi mil dólares en billetes en otro bolsillo, y un paquete mediado de cigarrillos, y monedas sueltas y llaves.

El señor Mirror lo dejó todo como lo encontrara y tras una última y larga mirada a la mujer que ya nunca más podría interpretar su *Danza de los abanicos*, se encaminó al pasillo y después a su propia oficina.

Allí encontró al gerente del hotel, tan nervioso como una quinceañera en su primera cita.

—¿Está realmente muerta, Mirror? —jadeó el hombrecillo.

—Ya lo creo. ¿Quién le avisó?

—El botones.

—Claro, claro...

—¿Qué va usted a hacer?

Mirror le observó con la úlcera encabritándose en su estómago.

—Llamar a la policía, por supuesto. Se trata de un asesinato...
doble.

—¿Qué?

El gerente parecía a punto de ahogarse.

—Hay dos fiambres arriba. Uno en la cama y otro en el baño.

—No es posible..., en nuestro hotel...

—Cálmese, son cosas que ocurren, ¿sabe usted?

—Pero lo sabrá toda la ciudad...

—Eso es inevitable.

—Hablaré con el capitán Zender..., con el alcalde..., sería una publicidad desastrosa, precisamente cuando está a punto de empezar la temporada...

Mirror registró los cajones de su mesa hasta localizar un paquete de cigarrillos. Encendió uno y gruñó:

—Sería mejor que hablase usted con Sam Fulton.

—¿Ese ensuciacuartillas?

—Bueno, es el editor propietario del periódico local, así que tiene en sus manos la publicación de las noticias.

—Si no le obligan, Fulton no me hará ningún caso.

—Tal vez si le contratara usted algunas páginas de publicidad para sus próximas ediciones accediera a echar tierra al asunto.

—Ésa es una buena idea.

—Yo siempre tengo buenas ideas. Puede decirse que es lo único que tengo desde que trabajo en este maldito hotel, aparte de mi úlcera.

El gerente ni siquiera le escuchó, porque salió disparado y Mirror quedó solo.

Saboreó el cigarrillo maldiciendo para sus adentros la úlcera que le amargaba hasta el placer de fumar.

Luego, levantó el auricular y marcó un número.

—¿Sam? —dijo cuando obtuvo comunicación.

—Sí.

—Habla Mirror, Sam.

—Hola. ¿Cómo estás de tu úlcera?

—¡Maldita sea, no la nombres siquiera!

Se oyó una brusca risa al otro lado, y después la voz de Sam Fulton indagó:

—¿Qué más tienes, además de esa cosa en tu estómago? Algo interesante, quiero decir.

—Si dos fiambres son interesantes para ti, entonces tengo dos cadáveres.

—No hablas en serio, claro...

—Muy en serio. Voy a llamar ahora mismo a Zender, pero he querido que lo supieras, porque es posible que cuando intervenga la policía, echen tierra al asunto.

—¿Por qué razón?

—Bueno..., ya sabes cómo son estas cosas aquí. Además, el hombre es Frederick Talbot.

—¿Muerto?

La voz del periodista sonó como el balido de un cordero.

—Ciertamente. Ahorcado.

—¡Dios bendito!

—El otro fiambre es el de una mujer, y si traes tu cámara fotográfica, conseguirás unas placas sensacionales, porque se trata de Wilma *la Tour* y no lleva nada encima, más que su propia piel.

—¡Voy para allá!

—¡Espera un minuto, no me metas en un lío! Primero deja que

llegue la policía o sabrán que te he avisado yo.

—Muy bien. Te veré en el hotel.

—Ya puedes jurar que me verás, porque este trompetazo vale el doble de la tarifa habitual.

—¿Qué? Oh, bueno, de acuerdo. Tendrás tus cincuenta payos.

Mirror colgó el teléfono, suspirando satisfecho. Encendió otro cigarrillo, miró el teléfono con disgusto y al fin lo descolgó.

Detestaba tener que llamar al capitán Zender. Lo detestaba por multitud de razones, una de las cuales era que en su fuero interno, consideraba que el puesto de Zender le correspondía a él.

Como no podía hacer otra cosa, llamó a la policía.

CAPÍTULO II

El capitán Zender era un hombre macizo como una peña. Había quien aseguraba que su genio era semejante a su aspecto, y si eso era cierto no cabía duda de que el hombre podía resultar un temible enemigo para cualquiera.

Mientras sus hombres trabajaban en la habitación, él encendió un enorme cigarro puro y tras asegurarse de que ardía satisfactoriamente, se enfrentó con Mirror.

—¿Está seguro de que nadie ha tocado nada aquí dentro? —le espetó.

—A excepción del tirador de la puerta, no se ha tocado nada.

—¿Desde cuándo existían las relaciones íntimas entre Talbot y esa mujer... La *Tour*?

—Nunca supe que hubiera algo entre ellos dos —dijo Mirror, ceñudo—. Ella era una mujer espectacular, desde luego. Pero quedaba fuera de la esfera de un individuo tan importante como Frederick Talbot.

—¿Es que según usted, los hombres importantes no tienen debilidades?

—Sabe muy bien lo que quiero decir.

—Por regla general, esos millonarios son los más corrompidos... ¿O no está de acuerdo conmigo, Mirror?

Éste se encogió de hombros. Le habría gustado retorcerle el pescuezo al policía.

Tras un silencio, y después de saborear profundamente el aroma de su habano, Zender gruñó:

—La cosa está clara..., surgieron desavenencias entre ellos y el millonario la apuñaló. Quizá intentó chantajearlo, ¿no le parece? Un hombre de su posición no podría soportar un escándalo.

Mirror siguió callado.

Ninguno de los dos advirtió la presencia de Sam Fulton, el

redactor, editor y propietario del único periódico de la población.

Fulton era un hombre delgado, de hombros escuálidos, gran cabeza coronada por una revuelta pelambarrera negra, y en cuyo rostro casi cadavérico llameaban unos ojillos astutos y malignos.

—¿Están hablando realmente de Frederick Talbot? —dijo, deseando cubrir a su informante.

Zender soltó un sonoro juramento.

—¿Quién demonios le ha llamado, Fulton? —Gruñó.

—Tengo oídos en todas partes.

Vio a la mujer en la cama y antes que nadie pudiera impedirselo, disparó varias placas con su gran cámara profesional.

—¡Espere un minuto! —rugió el capitán—. ¡Nadie le ha autorizado siquiera a entrar, y menos a sacar fotografías...!

—La Prensa aún conserva algunos derechos, ¿sabe usted, capitán? Y los lectores los suyos.

Zender pareció dispuesto a echarle a puntapiés. Luego, pensándolo mejor, acabó encogiéndose de hombros y masculló:

—Muy bien, haga su trabajo y lárguese. Puede publicar lo que quiera sobre esto, siempre que se atenga a los hechos.

—Ajá.

Mirror dijo:

—¿Puedo regresar a mi despacho? Tengo algún trabajo acumulado con todo este jaleo.

—Por supuesto.

El detective salió.

Zender esperó a que el periodista saliera del cuarto de baño y entonces repitió:

—Recuérdelo, límitese a los hechos, Fulton.

—Siempre lo hago así..., incluso en las campañas electorales, aunque eso ya lo sabe usted.

—¡Claro que lo sé! Siempre me combatió usted, en cada elección.

—Lo cual demuestra el poco poder de la Prensa, porque usted salió elegido en las dos ocasiones. Y ahora, ¿cuáles son los hechos según usted, Zender?

—¿Es que no tiene ojos en la cara? Talbot y esa dama tenían una aventura amorosa desde hacía algún tiempo, con toda seguridad. Luego, ocurrió algo que le obligó a él a perder la cabeza y la mató,

ahorcándose cuando comprendió lo que había hecho. Desde luego, lo comprobaremos todo.

Por un instante, Sam Fulton pareció a punto de discutir, de rebatir la tesis del capitán. Pero acabó asintiendo con un gesto.

—Muy bien, mi primer artículo se referirá a esta teoría...

—¿Teoría? No sea absurdo. En mi vida he visto un caso más claro.

—Estaría claro si el hombre no fuera Frederick Talbot.

—¡No empiece usted con ese cuento! Talbot era un hombre como los demás. Con sus vicios y debilidades, y viendo a esa mujerzuela uno comprende que los hombres perdieran la cabeza por ella.

—Me cuesta creer que un individuo de la posición y convicciones de Talbot tuviera nada que ver con Wilma la *Tour*.

Zender resopló, impaciente.

—Crea usted lo que quiera, Fulton, pero publique solamente lo ocurrido. No vaya a dejar suelta su imaginación.

—Comprendido. Gracias por sus facilidades, capitán.

Éste le vio partir con el ceño fruncido. No podía olvidar el empeño con que el periodista le había combatido en las campañas electorales.

Sam Fulton entró en el despacho de Mirror.

—Ese pedante —rezongó—. Ya ha resuelto el caso.

—De todos modos, parece claro...

—Lo estaría si no fuera Talbot el homicida y suicida de la historia.

—¿En qué estás pensando concretamente?

—En los cincuenta pavos que te debo.

Tiró los billetes sobre la mesa y Mirror los hizo desaparecer.

—Frederick Talbot era un verdadero hombre honesto —dijo Fulton, como si hablara consigo mismo—. Ni todos sus millones habían podido corromperlo..., por lo menos, en lo que atañe a su vida pública y no dudó nunca en enfrentarse a los fanáticos segregacionistas...

—Lo cual le atrajo no pocos odios —apostilló el detective.

—No creo que a él le importara. Todos esos odios no pudieron impedir que su Banco se convirtiera en el más importante del Estado.

—Pero pudo encapricharse de Wilma. Era una mujer espléndida. Además, siendo viudo, no tenía que dar cuenta a nadie de su vida privada.

—Sigo creyendo que esa mujer estaba fuera de la esfera de Talbot. ¡Pero, hombre! Si él sólo tenía que chascar los dedos para tener a diez bellezas mejores que ésta a sus pies.

El gordo detective suspiró.

—Me gustaría poder hacer eso yo también —dijo soñadoramente, olvidado de su estómago por una vez—. Diez bellezas bailándome el agua y mostrándose cariñosas...

—No te pongas tierno —rió Fulton—. Con diez dólares extra, no hay una mujer que se ponga cariñosa con un tipo.

—Eso es cierto —reconoció Mirror, regresando a este mundo a regañadientes—. Por otra parte, si uno lo piensa detenidamente, es mejor así. Por lo menos, a mí nadie me ahorcará con el cordón de una bata de baño.

Fulton arrugó el ceño.

—¿Ha sido sólo un juego de palabras, o escondes un triunfo en la manga?

—Quiero decir que yo espero morir en mi cama, por mis propios medios.

—Suicidarse, también es morir uno por sus propios medios.

—Talbot no se suicidó —dijo Mirror suavemente.

Fulton sintió un escalofrío.

—¿Quieres decir que alguien le ahorcó?

—Ni más ni menos.

—Estás loco, hombre...

—¿Sacaste fotografías de él?

—Claro.

—Entonces, examínalas cuando las hayas revelado. Te llevarás una sorpresa, a menos que seas tonto de remate.

—Es imposible, Mirror. Zender se habría dado cuenta igual que tú.

—Puede que lo haya advertido...

—Pero, bueno, si estás tan seguro, ¿por qué no le has hablado a él, mostrándole lo que dices haber visto?

Mirror se pasó la mano por sus ralos cabellos.

—A quien le pagan el sueldo para descubrir estas cosas es a él,

no a mí. Por otra parte..., no pienso arriesgar mi cabeza sin saber de qué lado pueden sacudirme.

—Habla más claro, Mirror.

—Todavía no. Saber lo que yo sé te costará quinientos pavos.

Fulton boqueó.

—¡Quinientos dólares! ¿Crees que yo fabrico billetes en lugar de periódicos? Pero, hombre, si el tiraje apenas cubre gastos...

—Entonces, averígualo.

—Está bien, si vale la pena.

—Lo pensaré. Aún no estoy decidido. Hay algo muy raro en este asunto... y he de meditar sobre ello. Pudiera tratarse de algo realmente grande.

—¿Cómo de grande?

—Capaz de estremecer la ciudad desde sus cimientos, tal vez.

—Muy bien, piénsalo, y si te decides, llámame. Tendré preparados quinientos dólares esta vez.

—Tendrás la exclusiva si decido que la cosa merece estallar.

Fulton salió agarrado a su cámara fotográfica con más entusiasmo por ella que nunca.

Tenía un reducido cuarto oscuro para el revelado en la trasera del destartalado edificio que le servía de taller y redacción. Cuando llegó, se despojó de la chaqueta y la corbata, que arrojó descuidadamente sobre un desvencijado escritorio, entró en el cuarto de trabajo y cerró la puerta, con lo que sobre ella se encendió una lámpara roja, indicando que no estaba permitida la entrada por estar trabajando.

Ésa fue la única lámpara que quedó en el local. Una luz roja, que apenas alumbraba a unos pies de distancia. El resto quedó sumido en penumbra.

De esas sombras surgieron dos hombres sin apenas producir el menor ruido. Se movían cautelosamente, apenas unas siluetas más negras que la oscuridad reinante.

Llegaron junto a la puerta, titubearon un instante, y luego la abrieron bruscamente.

Dentro, Fulton se volvió, indignado porque alguien no respetara la señal luminosa.

Fue todo lo que pudo hacer, volverse.

Entonces recibió el primer golpe en mitad del cráneo y cayó sin

un grito...

CAPÍTULO III

Abrió los ojos y contempló un techo que conocía sobradamente. A su olfato llegó el acre olor de alcohol y al girar la cabeza vio la botella tirada en el suelo.

Se revolvió, huyendo del sol que penetraba por la ventana. La cabeza comenzó a darle vueltas y emitió un quejido.

Estaba tumbado sobre una revuelta cama, en la mesilla de noche, un cenicero rebosaba de colillas y había un desorden monumental en todo lo que alcanzaba a ver.

Poco a poco la enorme resaca dejó paso a cierta consciencia del lugar donde estaba y de lo que había sucedido la noche anterior.

Lanzó una sarta de juramentos cuando trató de incorporarse.

Entonces sonó el teléfono y Max Lumas se estremeció.

El teléfono siguió sonando, mientras se levantó y, tambaleándose, entró en el cuarto de baño.

Empezaba el ritual de casi todos los días. Sentía la cabeza como un globo demasiado hinchado... Dos aspirinas y un balde de agua... Bien, ahora meterse en la ducha y ahogarse bajo ella, tiritando y gruñendo...

El teléfono calló al fin.

Salió de la ducha, secándose con una áspera toalla. Su cuerpo musculoso comenzaba a perder la elasticidad felina que le convirtiera en lo que fue hasta poco tiempo atrás.

La toalla maltrató las distintas cicatrices que adornaban su poderosa anatomía. Ni siquiera esas cicatrices le habían servido para nada a la hora de la verdad.

El teléfono rompió de nuevo el silencio.

Max entró en la cocina y preparó café en gran cantidad, rechinando los dientes a causa del estridente zumbido del teléfono.

En realidad, parecía como si dentro de su cráneo hubiera una legión de malignos duendecillos martilleándole sin cesar, como si

trataran de desmenuzar su cerebro a martillazos.

El teléfono calló una vez más.

El café le revolvió el estómago, así que engulló otra taza sin azúcar y se sintió más o menos igual.

Estaba enfundándose en los pantalones, cuando el teléfono volvió a escandalizar.

Eso era demasiado, incluso para un tipo como Lumas. De un zarpazo arrancó el auricular del soporte y rugió:

—¡Bueno, suéltelo! ¿Qué pasa?

—¿Max?

Era una voz de mujer, susurrante y tan suave como una caricia.

—Seguro, soy Max...

—¿Qué te pasa, tienes resaca? Anoche bebiste como un cosaco.

—¿Me has llamado sólo para recordarme la resaca?

—Quería oírte. Cuando me fui estabas igual que muerto.

El cerró un instante los ojos, dominando su furia.

—¿Has sido tú quien ha estado llamando varias veces antes?

—Por supuesto que no. Ésta es la primera, y si sigues así de «amable», será la última.

—Entonces, cuelga.

—¡Oye...!

Colgó de un golpe.

Eso era lo malo de las mujeres, que no sabían nunca hasta dónde uno podía soportarlas.

Acabó de vestirse y entonces cayó en la cuenta de que eso no tenía sentido. No tenía nada concreto que hacer, ningún lugar a donde ir, nadie con quien reunirse... y ni siquiera sabía la hora que era.

El teléfono volvió a sonar. Lumas se dirigió a la puerta del apartamento. Se detuvo un instante, luchando aún contra aquel escandaloso ruido.

Volvió atrás, maldiciéndose por hacerlo.

—¡Hable! —rugió a través del auricular.

La voz, esta vez, era de hombre. Llegaba nítida, aunque lejana.

—¿Max, Max Lumas?

—Sí.

—Habla Mirror, desde Fort Wales, Florida.

—No conozco a nadie de ese nombre.

—¡Mirror! Ya sé que no me conoce. Yo tampoco sé quién demonios es usted.

—Entonces, ¿por qué diantres no me deja en paz? Porque imagino que fue usted quien llamó antes...

—¡Un millón de veces!

—Muy bien, ya me encontró. Acabe y déjeme en paz.

—Para encargado de relaciones públicas sería usted único. Fulton no me dijo la clase de tipo con que iba a tropezar...

—¿Fulton?

—¡Sam Fulton! El tiene la esperanza de que usted aún le recuerde.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Qué pasa, por qué no llama él?

—Porque está agonizando.

Max Lumas se envaró.

—¿Está hablando de Sam Fulton, que tiene un diario en alguna parte de Florida?

—En Fort Wales.

—Entiendo que está grave...

—En las últimas. Le dieron una paliza de muerte y los médicos no dan por él ni un centavo. Fulton me pidió que le llamara a usted...

—Bueno...

—Si usted accede a venir, mejor será que se dé prisa si quiere verlo vivo. ¿Qué le digo a Fulton?

Max titubeó. No había nada que le obligara a ir a ese lugar que nunca oyera nombrar.

Excepto, tal vez, Sam Fulton.

—Okey —gruñó—. Tomaré un avión hasta Miami...

—Mejor a Tampa. Está más cerca de Fort Wales. Fulton está en el hospital. Si ha muerto cuando usted llegue, quizá le conviniera ponerse al habla conmigo. Mirror, en el hotel Coast.

Sonó un chasquido y él se quedó mirando el auricular, notando un sabor amargo en la boca.

Sam Fulton.

Después de todo, no era tan fácil romper con el pasado.

El sol ardía sobre Tampa cuando el enorme *jet* aterrizó en el inmenso aeropuerto.

Max dejó que los demás pasajeros le adelantasen y después buscó la oficina de alquiler de coches. Unas grandes letras saltaron a su vista cuando atravesó la cristalera.

Era la agencia que disponía de oficina desparramadas por todo el mundo. Entró y alquiló un «Ford Mustang», con el que emprendió el viaje hasta Fort Wales, después de localizar dicha población en un mapa de carreteras.

Durante el viaje, no dejaron de proyectarse en su mente escenas de un pasado aún próximo. Eran escenas que, de un modo o de otro, tenían algo que ver con Sam Fulton, un hombre demasiado bueno para el trabajo que le obligaron a realizar.

Demasiado bueno y honesto consigo mismo para haber sabido renunciar a tiempo. Bueno, honesto... e inteligente. Pilucho más inteligente que él mismo, que esperó a recibir el puntapié.

Fort Wales era una población que rondaba los cien mil habitantes, erguida en una llanura que apareció al coronar un altozano y empezar a descender por una carretera en buen estado.

Había un gran núcleo moderno, con edificios altos, blancos y relucientes bajo el sol, un suburbio enorme hacia el norte que parecía aplastado bajo sus colores oscuros y sucios, y más allá, como a un par de millas, un gran distrito industrial de pujante poderío.

Todo eso era fácil captarlo desde el coche, mientras se aproximaba a su destino.

Detuvo el coche en una esquina y preguntó a un vendedor ambulante por el hospital. Luego, reanudó la marcha hasta encontrarlo.

Era moderno, lujoso, como la mayor parte de aquella ciudad que bostezaba a media milla del mar, esperando a los turistas.

—¿El señor Fulton? —dijo la enfermera de recepción—. No creo que pueda usted verle.

—Escuche, hermana. He venido desde Nueva York sólo para ver a Fulton. Es un viaje demasiado largo para volverme sin más, así que espabile. Llame al doctor, al director o a quien sea que pueda autorizarme a verle.

La muchacha, una pelirroja con ojos ardientes, le miró con redoblado interés. Las mujeres siempre se interesaban por un hombre como el ejemplar que ella tenía delante.

Sobre todo, se sentían casi subyugadas por la mirada insondable de sus ojos viejos.

—Deme su nombre y veré qué puedo hacer.

—Max Lumas.

—¿Lumas?

—Eso dije.

Se levantó y salió de la diminuta oficina. El encendió un cigarrillo, estiró las largas piernas y esperó.

Pasaron varios minutos. Luego, la pelirroja regresó acompañada por un joven médico interno.

—¿Usted quiere ver a Sam Fulton? —le espetó el interno.

—Ciertamente, para eso vine.

—Fulton está inconsciente. Nadie puede verle en estos momentos.

Max se levantó. Erguido, le pasaba toda la cabeza al médico y su anchura de hombros le doblaba.

—He dicho que quiero ver a Fulton, doc.

No dijo más.

Pero su voz sonó igual que el silbido de una serpiente y hubo algo en él que obligó al médico a dominar un escalofrío.

—Bueno..., tal vez pueda permitirle que le vea usted un minuto, pero sin hablar ni molestarle. Está extremadamente grave.

—Vamos allá.

La pelirroja le siguió con sus ojos entrecerrados.

Le hubiera gustado mucho profundizar un poco más en el conocimiento de ese individuo. Saber de él..., a cualquier precio.

El médico señaló una puerta ante la que un policía de uniforme montaba guardia. El policía se hizo a un lado cuando el doctor murmuró algo, y Max pudo entrar en la habitación escoltado por el doctor.

Sam Fulton yacía en la cama y su aspecto era más de cadáver que de hombre vivo. Tenía la cara tumefacta, un gran vendaje en la cabeza y ambos brazos entablillados.

Max permaneció muy quieto junto a la cama, mirándole.

Al fin, susurró:

—¿Sam?

El médico abrió la boca para protestar, pero la mirada asesina que recibió le dejó mudo.

—¿Sam? Soy Max.

El herido movió las pestañas y después su único ojo más o menos sano, parpadeó.

—¿Max? —jadeó—. Viniste...

—Sí.

—Lo..., lo sabía...

—No pierdas tiempo. ¿Quién lo hizo, quién te sacudió?

—No lo sé..., no pude verles... fueron dos..., pero quiero que..., que hagas algo por mí...

Max se encogió de hombros.

—Matarlos —dijo suavemente.

—No..., ellos no..., no importan..., hay algo más... importante...

—¿Sí?

—No puedo..., está todo condenadamente oscuro...

La cabeza rodó a un lado y Fulton quedó inerte. Max se inclinó sobre él. Apenas respiraba.

—¿Puede hacer que tenga energía para hablar un par de minutos, doctor? —Gruñó.

—No. Y aunque pudiera, no lo haría. Sería un asesinato. Ese hombre necesita descanso absoluto.

—Y yo necesito que hable.

—Tendrá que esperar..., si es que se recobra alguna vez. Está tan grave, que es un milagro que todavía siga vivo.

—Salgamos de aquí.

Dio una última mirada al herido y salió detrás del médico. El policía del pasillo le dirigió una mirada llena de sospechas.

Recorrieron el pasillo. El médico dijo:

—Si es usted amigo de Fulton, vaya haciéndose a la idea de que no vivirá mucho.

—¿Cómo lo hicieron?

—¿Qué?

—¿Emplearon armas?

—Sólo porras o algo así. Pero le rompieron casi todas las costillas, los brazos, y le partieron la cabeza.

Sus riñones sufrieron un daño irreparable a causa de los golpes...

—Olvídelo. Volveré dentro de unas horas.

—En unas horas, ese hombre no habrá sanado, amigo.

—Pero tal vez entonces pueda hablar y ustedes necesiten ampliar el hospital...

Atravesó la puerta, dejando al médico perplejo y tan intrigado como quedara antes la pelirroja.

Por algún extraño misterio, supo que la llegada de ese inquietante forastero iba a provocar un cataclismo...

CAPÍTULO IV

Se inscribió en el registro del hotel, ante la mirada curiosa del recepcionista y el botones, que aguardaba para acompañarle a su cuarto, y antes de apartarse del mostrador, dijo:

—¿Hay alguien aquí llamado Mirror?

—Seguro..., el detective.

—¿Quién?

—El detective del hotel.

—Entiendo. Quiero hablar con él.

—Muy bien, señor —asintió el recepcionista—. Le avisaré y...

—Ahora.

El empleado pensó que el huésped acababa de llegar, de modo que no había motivo para que presentara ninguna queja y sonrió.

—Muy bien, señor Lumas... Acompáñale a la oficina de Mirror, Jim.

Max siguió al botones hasta el despacho del detective. Jim iba a llamar a la puerta cuando él le apartó y dándole un dólar, dijo:

—Ya has hecho tu trabajo, ocúpate de mi equipaje ahora.

—Sí, señor.

El botones se fue trotando.

Max giró el tirador de la puerta y entró, cerrando tras él y deteniéndose para captar de un vistazo lo que le rodeaba.

Dos cabezas se alzaron para mirarle con estupor.

Una era la de Mirror.

La otra correspondía a una muchacha que no habría pasado aún de los veintidós años. Una blusa tropical, de seda, realzaba su juvenil belleza.

Max había conocido, tratado y gustado mujeres de todos los colores y temperamentos y ninguna había dejado nunca una huella demasiado profunda en su vida, no obstante, reconoció que esta chiquilla, de haberla conocido cuando él contaba menos años y

tenía menos experiencia y ninguna cicatriz, tal vez hubiera logrado el milagro de cambiar todo su destino.

Mirror dijo:

—Alguien debiera enseñarle modales, amigo.

—Ya lo intentaron. Quiero hablar con usted.

—Estoy ocupado. Espere fuera.

—Despídala.

Mirror se levantó como impulsado por un resorte.

—¿Qué infiernos dijo?

—Despídala. Tengo prisa.

El rostro del detective se volvió rojo. La muchacha se levantó poco a poco y sus ojos azules, profundos y limpios, chispearon.

—No cabe duda que los esfuerzos de quienes trataron de educarle, resultaron un fracaso —le espetó.

Tenía una voz calmosa, suave, casi susurrante.

Max se fijó entonces que en torno a sus ojos había unas profundas sombras oscuras, como si hubiera llorado recientemente.

—Hermana, aprendí tales asignaturas que se asustaría, y con matrícula de honor. Ahora, salga de aquí y deje que hable con este... caballero.

—No pienso irme solo porque a usted se le antoje...

De pronto, Mirror dio un respingo.

—¡Demonios! ¿Se llama usted Lumas?

—Sí.

—Lo he adivinado sólo con oírle hablar. Los mismos modales que por teléfono.

—Usted se empeñó en que viniera, de modo que ahora no me haga perder tiempo.

—No fui yo..., pero está bien, siéntese. Ésta es Alix Talbot. En algún modo está relacionada con todo esto. Alix, te presento a alguien llamado Max Lumas. Es todo lo que sé de él.

—¿Aparte de que es un hombre de pésima educación, quiere decir?

Mirror rió. Max clavó sus ojos sombríos en la muchacha y de nuevo lamentó haber vivido tantos años del modo como los había vivido.

—Ahórrese las estocadas, muchacha —gruñó—. Estoy acorazado.

Acercó una silla a la mesa y se derrumbó en ella, estirando sus largas piernas.

—He visto a Sam —dijo de pronto—. No ha podido hablar, sólo lo justo para decirme que fueron dos los tipos que le machacaron.

—¿Eso ha sido todo?

—No hubo más, excepto que parece más interesado en que yo haga algo determinado, que al parecer no es cazar a esos dos bastardos.

La muchacha dijo, indignada:

—¿Cazarlos? No creo que esto sea una cacería..., es tarea de la policía detener a esos delincuentes y juzgarlos.

De nuevo, él la miró.

—Usted vive en el lado rosado del mundo, muchacha. Siga en él y deje a los demás moverse en su propia parcela.

—¿Cuál es la suya, la de color negro?

—Negro como una mortaja. Y ahora, cálese si puede. Espero que usted tenga algo concreto que decirme, Mirror.

Mirror titubeó. Pequeñas gotas de sudor perlaban su amplia frente y por primera vez en años, se sentía plenamente desbordado y desconcertado.

—Antes me gustaría saber quién... o qué es usted, Lumas.

—Un viejo compañero de Sam.

—Eso no me aclara nada.

—No he venido a aclarar mi biografía en su obsequio. ¿Por qué machacaron a Sam, para empezar?

—Tal vez..., para que no pudiera revelar cierta película fotográfica. Fue sorprendido en el laboratorio cuando se disponía a hacerlo..., aunque pudieron existir otros motivos, por supuesto.

—Empezamos a movernos... ¿Qué contenía esa película, lo sabe usted?

Mirror se removió, inquieto.

—Tal vez fuera mejor que salieras de aquí, Alix.

—Me quedo. Se trata de mi padre y quiero saberlo todo.

—No es agradable repetirlo estando tú delante.

—Eso no importa ahora... Me conoce usted desde que yo era una niña y sabe que cuando decido algo, nada me detiene.

—De acuerdo, Alix, no te alteres —encarándose con Max, dijo—: La película contenía las fotografías de los cadáveres hallados en una

de nuestras habitaciones... Uno era el cadáver desnudo de una mujer. El otro, el del padre de Alix... Frederick Talbot, ahorcado en la ventana del baño.

—¿Suicidio?

Mirror miró de nuevo a la muchacha, inquieto.

—Ése fue el dictamen de la policía.

—¡Al infierno con la policía! ¿Suicidio, Mirror?

Alix susurró:

—Usted me dijo que no creía que mi padre hubiera matado a esa mujer... ¿Tiene miedo de repetirlo ahora, Mirror?

El detective sacudió la cabeza.

—No... Tengo miedo de hablar más de la cuenta ante un desconocido. Pero de todos modos, creo que es necesario. No creí ni por un momento que tu padre se hubiera suicidado.

—¿Por qué?

—Estaba colgado con el cordón de seda de una bata de baño perteneciente a la mujer... Ya te advertí que no era agradable, Alix —exclamó al verla cubrirse la cara con las manos.

—Siga..., no importa ahora lo que yo sienta.

—Muy bien, allá va. No había ninguna silla cerca de sus pies..., nada sobre lo que hubiera podido subirse para colocarse el nudo corredizo en el cuello y dejarse caer después.

—Quizá le ayudó alguien —gruñó Max.

—Eso es lo que yo pensé.

—¿Fue eso lo que Sam fotografió?

—Sí, aunque él no lo advirtió en el primer instante. Cuando salió de la habitación, aún estaba convencido de qué se trataba de un suicidio.

—Tal vez estaba haciéndose viejo..., pero puede usted jurar que Sam aprendió a «ver» cosas como ésta en la escuela más dura del mundo. ¿Quién era la mujer muerta y cómo murió?

—Se trataba de una bailarina de *strip-tease*, llamada Wilma la Tour. No sé aún cuál sería su verdadero nombre, pero eso no importa. La teoría oficial es que entre ella y el señor Talbot había un romance.

—¿Y era cierto?

—¿Qué, lo del romance?

—Sí.

—No lo creo... —murmuró el detective.

Alix levantó bruscamente la cabeza.

—¡Mi padre no...!

Pero se interrumpió ante la burlona mirada del sombrío forastero.

—¿De qué nido ha caído usted, muchacha? —le espetó, impaciente—. Los hombres tienen ciertas debilidades hacia las mujeres.

—Me gustaría abofetearle... Papá era distinto.

—Pamplinas.

Mirror dijo:

—No perdamos el hilo. El señor Talbot seguramente tenía relaciones amorosas con alguna mujer. Era viudo, vivía solo y estaba libre de compromisos a este respecto. Lo que no puedo creer es que se hubiese inclinado por una mujer de esa clase...

Max ladeó la cabeza y miró a la muchacha.

—¿No vivía usted con su padre?

—No. Tengo un apartamento en la ciudad, donde trabajo.

—¿Era rico su padre?

Mirror soltó un juramento.

—Puede decirse que era el hombre más rico de este poblacho.

—Entonces, usted no necesitaba trabajar para vivir..., lo cual indica que hubo diferencias entre su padre y usted y que decidió apartarse de él.

—No saque conclusiones estúpidas. Entre papá y yo siempre hubo las mejores relaciones del mundo, sólo que yo me negué desde el principio a vivir a sus expensas como un parásito.

—La felicito. Y volviendo a lo que interesa, Mirror. ¿Cree usted realmente que la paliza a Sam fue debida solamente a esas fotos?

—Sí.

—Pero la policía advertiría tarde o temprano la anomalía del falso ahorcamiento.

Mirror se echó atrás, mascullando una sarta de juramentos dedicados a la policía.

—Seguro que el capitán Zender lo advirtió desde el principio, pero reconocerlo y hacerlo público le obligaría a buscar un asesino endiabladamente listo, con el posible fracaso. Y él no fracasa nunca, Lumas.

—Ya veo.

Alix se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Quiere decir que pudiendo reivindicar la memoria de papá, la policía prefiere hacerle pasar por asesino, sólo para no exponerse a un fracaso?

Mirror asintió con un gesto.

Max encendió un cigarrillo y gruñó:

—Era la clase de polizontes que cabía esperar de un lugar como éste... ¿O hay algo más en el fondo, Mirror?

—No, que yo sepa.

—¿Problemas de corrupción o algo así?

—No... Excepto las últimas algaradas racistas, nada. Aquí hay una completa segregación, desde luego, pero eso no tiene nada que ver con lo sucedido. Precisamente, Talbot era la excepción de la regla. Yo creo que los negros deberían levantarle un monumento, ¿sabe?

—Las características de ese crimen no parecen raciales precisamente. Ahora, Mirror, veamos si aclaramos el último misterio de cuantos a mí me interesan. ¿Qué quería Sam cuando me llamó?

—No lo dijo..., sólo insistió en que le llamara a Nueva York.

—¿No dijo qué esperaba que hiciera yo, aparte de cazar a esos dos matarifes?

—El ni siquiera pidió que usted los persiguiera. Sólo deseaba que viniera cuanto antes.

—De todos modos, los cazaré. Y hablarán tanto antes de reventar, que podrán llenarse dos volúmenes con su charla... Gracias por sus informes, Mirror, seguiremos viéndonos porque me alojo en este hotel.

Hizo un ademán de despedida a la muchacha y abandonó el despacho.

Alix miró al detective con el desconcierto reflejado en su semblante.

—¿Quién es ese hombre, Mirror? —murmuró.

—Te juro que me gustaría mucho saberlo, linda, de veras. Sólo verle produce escalofríos. Hay algo raro en él..., algo que debe estar en su pasado. Si pudiera hablar con Sam.

—¿De veras cree usted que papá no..., no mató a esa pobre

mujer?

—Estoy seguro que no. Aunque hubiera habido un asunto amoroso entre ellos, tu padre no era hombre capaz de matar a nadie.

—No, claro que no.

—Y ahora, por favor, linda. No repitas a nadie lo que has escuchado aquí. Si es humanamente posible aclarar este misterio, se hará de algún modo que aún ignoro, pero no te mezcles en ello. Ya viste lo que hicieron con Sam sólo para evitar que se diera cuenta al ver las fotografías que tu padre había sido asesinado.

—Lo recordaré. Y gracias por todo, Mirror. Siempre confié en usted.

El rió.

—Ya confiabas en mí cuando apenas podías sostenerte de pie, linda. Y eso me recuerda mis años, y no es agradable sentirse viejo.

—Usted nunca será viejo.

El la acompañó a la puerta, viendo alejarse a la muchacha más hermosa de cuantas había conocido en su vida.

CAPÍTULO V

Max encendió otro cigarrillo plantado frente a la ventana, en su habitación.

Así vio salir a la muchacha y alejarse por la acera. Era una linda chiquilla, pensó. Más chiquilla todavía contemplada desde la plataforma de sus treinta y siete años.

De pronto, su cuerpo se puso rígido y sus ojos dejaron de vagar sin rumbo para clavarse en el hombre que había abandonado un coche para seguir detrás de Alix.

Grabó aquella figura en su mente y salió de la habitación apresuradamente.

Ya en la calle, mantuvo un paso muy vivo hasta ver de nuevo al tipo del traje claro, que en aquel momento doblaba una esquina.

Acortó la distancia y se pegó a él como su propia sombra. Más allá, caminaba la muchacha, sin sospechar ni remotamente aquella persecución.

Diez minutos más tarde, ella entró en un edificio de apartamentos y su perseguidor se detuvo. Max pasó junto al hombre, echándole un vistazo. No tenía nada de extraordinario, excepto su rostro inexpresivo.

El hombre permaneció aún dos o tres minutos, hasta convencerse de que la muchacha no volvía a salir. Tras esto, atravesó la calle y penetró en una cabina telefónica, desde la que hizo una llamada.

Max, parado frente al escaparate de una librería, esperó verle terminar la conversación y largarse, pero no sucedieron así las cosas.

El hombre colgó el teléfono, salió de la cabina y encendiendo un cigarrillo, empezó a pasear por la acera, manteniendo así su vigilancia.

Max sonrió para sí. Nunca imaginó que hubiera gente dedicada a

esta clase de trabajos y que fueran tan estúpidos...

Pasaron los minutos lentos, interminables...

Alix se quitó el vestido, enfundándose en una bata corta y cómoda.

El apartamento era lujoso, con detalles de la exquisita personalidad de su propietaria.

La muchacha se encaramó en un alto taburete, frente a la mesa de trabajo, pero se quedó allí quieta, la mirada perdida más allá del luminoso ventanal, incapaz de trabajar.

Bien es verdad que nunca había estado muy unida a su padre. Ambos eran de caracteres radicalmente distintos, pero él era un hombre bueno que no merecía aquel sucio fin que había tenido.

De pronto, se sorprendió al darse cuenta de que sus pensamientos derivaban hacia otros derroteros. La imagen de Lumas, inquietante, sombría, como surgida de un mundo perverso y maligno, se adueñó de sus pensamientos incluso contra su voluntad.

Permaneció estática intentando discernir qué era lo que aquel recuerdo le inspiraba.

No llegó a ninguna conclusión, sólo se sintió extrañamente inquieta.

Entonces, el teléfono sonó y al levantarlo oyó una voz de hombre, profunda y sonora, que preguntaba:

—¿Es usted Alix Talbot?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy John Danae. ¿Se acuerda de mí, señorita?

—¿Danae? Por supuesto que le recuerdo. Me alegro mucho de oírle.

—Quiero decirle cuánto siento lo que sucedió con el señor Talbot, señorita...

—Gracias...

—Ya sé que lo que voy a pedirle es extraño... y difícil. Pero desearía hablar con usted sin que nadie lo supiera, sin ser vistos.

—Puede venir a mi apartamento siempre que lo desee, Danae.

—No es posible, tal como están las cosas por el momento. Un negro en ese edificio de lujo llamaría la atención, y nadie debe saber que nos vemos.

Ella comenzó a experimentar una viva inquietud.

—¿Qué es lo que pasa, Danae?

—No puedo hablar por teléfono. Tengo miedo, señorita.

—Muy bien, ¿dónde sugiere que nos veamos?

—He pensado en la vieja residencia de su familia, señorita.

—Me parece muy bien. ¿Cuándo?

—Esta noche, si no teme usted encontrarse conmigo allí sola.

—¿Por qué habría de tener miedo de usted, Danae? Iré a la casa alrededor de las nueve.

—Estaré esperándola. Y, por favor, asegúrese de que nadie la siga. Es muy importante.

—Tendré cuidado, pero debe decirme una cosa más, Danae... ¿Se trata de algo relacionado con la muerte de papá?

—Sí.

Ella suspiró.

—De acuerdo, no faltaré.

Se oyó un chasquido y la comunicación se cortó.

La muchacha dejó el auricular en el soporte y se quedó pensativa, inquieta e impaciente a un tiempo.

John Danae era uno de los mejores encargados de las industrias que fueran de su padre. Un negro inteligente y leal.

Antes que pudiera llegar a su mesa de trabajo llamaron a la puerta. Contrariada, Alix retrocedió y al abrir se encontró ante dos hombres.

Nunca los había visto antes.

No le dieron tiempo a preguntar siquiera qué deseaban. Simplemente, entraron, empujándola, y uno de ellos cerró la puerta de golpe.

Alix se sobrepuso al miedo y exclamó:

—¿Qué diablos creen que...?

—Cierra el pico, monada. Habla sólo cuando te pregunten. ¿Hay alguien contigo?

—Estoy sola. Y ahora, salgan de aquí, antes de que llame a la policía.

—Apuesto que tu teléfono no funciona, primor.

—¡Ya lo creo que sí! Acabo de hablar por él, ahora mismo.

Se precipitó hacia el aparato. Uno de los hombres dio un salto y la atrapó por el hombro, obligándola a volverse.

—Espacio, linda.

—¡Suélteme, perro!

El volteó la mano, la bofetada restalló como un disparo y la muchacha saltó hacia atrás, trastabillando y echando lumbré por los ojos.

—¡Cerdo! —barbotó—. ¡Te sientes héroe al golpear a una mujer, por lo que parece!

—Tiene agallas —comentó el otro, burlón.

—Te aconsejo que no alborotes, nena. Queremos que nos digas un par de cosas y después, todo habrá terminado.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, qué hablaste con el detective del hotel.

Ella se estremeció.

—Nada..., sólo quise saber qué había sucedido exactamente con mi padre..., el señor Mirror estaba allí y nadie mejor para decírmelo.

—Una cosa tan sencilla te llevó mucho tiempo. Prueba otra vez.

—¡Estoy diciéndoles la verdad!

—Yo creo que mientes. ¿Qué te contó Mirror sobre tu padre?

—Sólo cómo lo encontré.

—Ahorcado.

—Sí.

—¿Y de la chica, qué?

—Nada.

—¿Te dijo que era el capricho de tu viejo?

—¡Mienten!

Los dos se echaron a reír.

—¿Entró Sam Fulton en la conversación de Mirror?

Ella sintió un agudo frío en los nervios.

—No... —balbuceó—. ¿Por qué habría de haber hablado de él?

—Eso es lo que queremos saber, también queremos saber los detalles que Mirror te contó.

—Están locos. El dijo que papá se había... ahorcado después de matar a aquella mujer.

—Eso podías saberlo preguntando a la policía. ¿Por qué fuiste a verle?

—¡Ya se lo dije! Quería...

—El te llamó, nena, de modo que no nos vengas con historias. Fue Mirror quien te pidió que fueras a verle.

El pánico comenzó a hacer presa en la muchacha.

—¿Cómo..., cómo pueden saberlo...?

—Tenemos buenos oídos en el hotel, linda. Ahora, la verdad, antes de que te haga tiras esa cara linda que tienes.

—¿Y después, qué?

—¿Cómo después?

—Después de que haya hablado.

—Bueno..., nos largaremos, por supuesto.

—No les creo una palabra. ¿Qué van a hacer conmigo y con el señor Mirror?

El otro apartó a su compinche de un brusco empujón y ocupó su lugar frente a la muchacha.

Era un hombre de estatura mediana, rostro macilento y ojos hundidos, que brillaban de un modo mortecino, como velados por una neblina sucia.

Alix se dio cuenta de que era un morfinómano sin ninguna duda.

—¿De veras quieres saber lo que vamos a hacer contigo? —le espetó, hablando entre dientes.

—Sí...

—Muy bien, voy a decírtelo, pero si alborotas... Mira esto.

Ella bajó la mirada y vio el terrible cuchillo que había aparecido en la mano del morfinómano.

Era un arma letal, de larga y afilada hoja.

—Este cuchillo te hará tiras si levantas la voz, si gritas, si te mueves... casi si suspiras. ¿Entendiste?

—Sí...

—Muy bien, no podemos asesinarte. Eso está claro. Llamaría demasiado la atención, después de lo sucedido con tu papi. ¿Eh? De modo que será un acto de desesperación.

El pánico hizo que sus piernas se aflojasen.

—No..., no comprendo...

—La muerte de tu viejo ha sido un golpe muy duro para ti..., no has podido soportarlo, de modo que en un arrebato de desesperación, te acercas al ventanal, lo abres y te arrojas de cabeza a la calle.

—¡Asesinos...!

El cuchillo describió un arco centelleante ante la cara de la muchacha.

—¡Cuidado, nena! Morir de un golpe es fácil..., convertida en

tiras, resulta muy distinto, así que dínos qué sabe Mirror, qué te contó, y terminemos.

—¿Para qué le maten luego a él, puercos?

El otro gruñó:

—Mejor será que le demuestres que tenemos prisa, Reel.

—De acuerdo..., un par de cortes serán suficientes, ya verás.

Levantó el cuchillo y se acercó más a la muchacha, que retrocedió incapaz siquiera de encontrar voz con qué gritar.

El morfinómano empezó a reír de un modo que producía escalofríos.

El cuchillo centelleó en el aire, mortal, siniestro.

En el mismo instante se oyó un sordo «ploff» en alguna parte. Fue un sonido absurdo y fofo.

Pero sus consecuencias no tuvieron nada de absurdas. La cabeza del hombre del cuchillo reventó en mil pedazos, como si dentro de ella hubiera estallado una bomba y el contenido se esparció alrededor como una lluvia nauseabunda, mientras el cuerpo decapitado daba tumbos hasta estrellarse contra la pared, donde se deslizó al suelo, dejando un sucio reguero en el muro.

El otro rufián se volvió en redondo, hundiendo la mano en la axila.

La dejó allí, muy quieta, al ver la monstruosa pistola que le apuntaba con la fijeza del ojo de una serpiente.

Era una pistola como él no viera otra en su vida, y además llevaba acoplado un largo silenciador, que había ahogado el estampido del disparo.

Max dijo pausadamente:

—Saca esa mano de ahí, hermano, pero vacía, porque tienes todas las probabilidades de acabar como tu camarada.

El hombre obedeció poco a poco. Estaba muy pálido y trataba de comprender cómo un individuo tan enorme había podido deslizarse hasta allí sin que nadie lo advirtiera. Era como si se hubiera filtrado por la pared...

—¡Usted...!

—Apártese de ahí, muchacha.

—¡Voy a llamar a la policía! Esos hombres querían asesinarme.

—Deje a la policía al margen de este asunto. Yo puedo manejarlo mucho mejor. Sólo quítese de mi camino o saldrá

lastimada.

Ella se volvió de espaldas a los restos del tipo del cuchillo. Sentía náuseas y terror, todo a la vez, pero también un agudo sentimiento de perplejidad ante la actitud del poderoso forastero.

Éste se acercó al pistolero sin ninguna prisa. Le hundió el cañón de la pistola en la barriga y mirándole fijo a la cara, le arrebató la pistola que llevaba en la axila.

—Amigo —dijo—, no tienes idea de lo que te espera.

—¡No puede tocarme! Llame a la policía si quiere, no hemos hecho nada aquí..., sólo tratábamos de robar algo y...

—Y arrojar a la chica por el ventanal. Estuve escuchando.

Volteó la mano izquierda bruscamente. En ella llevaba un grueso libro que resultaba incongruente en esas circunstancias, pero fue el canto del libro lo que golpeó salvajemente a la cara del forajido, tirándole de espaldas.

La sangre comenzó a correr por su cara. El libro cayó casi a su lado y quedó abierto. Las páginas eran una doble ilustración, mostrando el momento de un parto con todo su sangrante realismo y el pistolero se lo quedó mirando, incrédulo. La cabeza empezó a darle vueltas y aquella imagen alucinante vibró una y otra vez en sus retinas, porque era algo fuera de lógica en ese lugar y en esos momentos...

—Arriba, héroe —ordenó Max.

Lo intentó, con todo dando vueltas a su alrededor.

Estaba de rodillas cuando un pie enorme, se incrustó en su cara, levantándole en vilo para tirarle mucho más allá, semiinconsciente, el rostro convertido en una máscara sin forma, una masa que esparcía sangre como una fuente.

La muchacha no pudo contener un grito.

—¡No puede usted hacer eso! —chilló—. A pesar de todo, son seres humanos..., deben ser entregados a la policía y...

—¡Cállese!

—¡No tiene ningún derecho...!

—Tengo todos los derechos en mi mano, pequeña —aseguró, agitando la enorme pistola—. Además, me enseñaron a ejercerlos con pleno conocimiento en los casos en que intervenían esta clase de ratas. ¡Tú, gran hombre, arriba!

El pistolero rodó sobre sí mismo, semiinconsciente. Empezó a

levantarse, sólo al darse cuenta de que su adversario estaba lo bastante lejos como para que no pudiera cazarle con otro puntapié...

Estuvo bamboleándose sobre sus flojas piernas un buen rato, Max le observó con ojo crítico. Había tenido tratos con rufianes de esa especie y mucho peores. Todos ellos tenían dos cosas en común; su cobardía cuando no podían actuar respaldados por una pandilla o el terror, y su terquedad en no delatar a sus jefes.

Así que no había más que un medio para tratarlos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Colphax.

—Muy bien, Colphax. Vas a contarme todo el embrollo. Todo, de arriba abajo y de este a oeste. Nombres, datos y razones de la muerte de Talbot y la chica y de la paliza a Sam Fulton. Ya puedes empezar.

—No sé una condenada palabra de todo esto.

El suspiró. La tremenda pistola emitió un seco chasquido cuando el seguro saltó.

—Escúchame, rata. Las balas de este trasto se llaman rompedoras. No creo que sepas de qué te estoy hablando, de modo que te ilustraré, ¿sí?

—Seguiré sin decir nada..., porque no sé nada.

Como si no hubiera habido ninguna interrupción, Lumas prosiguió:

—Cada bala está fabricada de modo que explota cuando golpea contra el objetivo. En realidad, son igual que pequeñas bombas. Estallan y hacen astillas una barra de hierro. La cabeza de tu compañero no era de hierro y ya viste lo que pasó.

Colphax sintió que el estómago se le apelonaba en la garganta.

La voz de Max remachó con la misma calma:

—A ti no te meteré una bala en los sesos, por supuesto. Necesito que hables, pero sí te volaré las articulaciones de las piernas. Cada disparo te volará un pedazo de tu anatomía.

—¡No tiene ningún derecho a hacerme eso! —chilló el individuo, aterrorizado—. ¡Llame a la policía!

—Cuando termine contigo, sólo habrá que llamar al sepulturero.

Alix dio un respingo.

—¡Ya basta! No puedo permitirle que...

El la miró y aquellos ojos siniestros fueron suficiente para que sus palabras se ahogaran en la delicada garganta de la muchacha.

—¿Qué le pasa, le asusta la sangre? Podemos hacerlo de otro modo, por supuesto. Siéntate en el suelo, gran hombre.

Colphax obedeció, temblando.

—Quítate los zapatos y los calcetines.

—¿Quiere burlarse de mí?

—Empiezo a ponerme nervioso, Colphax, así que date prisa.

Obedeció en un instante, quedando descalzo.

—¿Llevas un pañuelo?

—Sí...

—Sácalo.

—Ahora, métete los calcetines en la boca.

Entregó un pañuelo de dudosa blancura.

—¡Maldita sea, no puede humillar a un hombre, de este modo!

—Puedo hacer más que eso..., puedo matarte. ¿Qué decides?

El tipo no lo pensó mucho. Con evidente repugnancia, empujó los calcetines hasta casi comérselos.

Max se colocó a sus espaldas y le rodeó la cara con el pañuelo, apretándolo duramente en torno a su boca en una férrea mordaza.

—Así no alborotarás. Ahora, quítate el cinturón.

También obedeció. Abrigó la esperanza, no obstante, de luchar. Sabía que aquel demonio tendría que guardar su pistola para poder atarle...

Era como si Max pudiera leerle el pensamiento.

—Si tratas de saltarme encima cuando te ate, te romperé el cuello de un solo golpe, así que piénsalo despacio.

No obstante, lo intentó.

Cuando su enemigo se inclinó para sujetarle las manos a la espalda, se retorció como un lagarto y golpeó. Lo hizo ciegamente, empujado por el pánico y la desesperación. Y, además, fue un golpe terrorífico.

Sólo que falló.

Max se limitó a esquivar y lanzar su mano hacia delante. La mano llevaba los dedos rígidos y eran tan duros como barras de acero.

De modo que las puntas de los dedos se hundieron como puñales en el costado del rufián, aplastándole el hígado y arrancándole un

ahogado y lacerante quejido.

Quedó en el suelo hecho un ovillo, boqueando, ahogándose y vomitando. Pero no pudo librarse de la mordaza.

Alix, castañeteándole los dientes, se volvió de espaldas aterrorizada y llena de una angustia mortal.

Max sujetó férreamente las muñecas de Colphax a la espalda con el cinturón, advirtiéndole:

—Te lo dije. Cuando no se tienen aptitudes para esta clase de trabajo, es preferible dedicarse a criar gallinas...

Irguiéndose, contempló su obra. No parecía tener ninguna prisa.

Colphax se revolvió en el suelo, gimiendo.

Lumas miró a su alrededor. Vio dos cortinajes plegados a un lado del ventanal y de un zarpazo arrancó el cordón.

Agarró los pies del rufián y le dobló las piernas hacia atrás. En un instante le hubo amarrado los tobillos al cinturón que apresaba sus muñecas.

—Ahora, sólo es cuestión de un poco de persuasión, camarada.

Tras él, Alix balbuceó:

—¿Qué salvajada se le ha ocurrido ahora?

—No es tan malo después de todo. Una vez lo experimentaron conmigo y sobreviví, así que ese pájaro tiene su probabilidad, lo mismo que yo.

—Míreme, Lumas.

Se volvió. Los ojos bellísimos de la muchacha se clavaron en los suyos como dardos.

Y ella murmuró:

—Voy a llamar a la policía.

—¿Quiere cazar a los asesinos de su padre, sí o no?

—Usted no hace eso por afán de justicia.

—En eso tiene razón. Todo lo que quiero es echar el guante a los bastardos que machacaron a Sam Fulton.

—Entonces, llamaré a la policía.

Se dirigió al teléfono con resolución.

Max arrugó el ceño. Acabó dando las zancadas que le separaban del aparato y de un tirón arrancó el cable de la pared.

—Tengamos la fiesta en privado, ¿sí? —Gruñó.

—¡Eso le costará caro, Lumas!

—Pero, bueno, ¿ha olvidado que esos dos bastardos querían

arrojarla por el ventanal, y que posiblemente estén complicados en la muerte de su propio padre?

—Y usted, ¿ha olvidado que éste es un país civilizado?

El se echó a reír. Una risa profunda, tan hiriente como una bofetada.

—¿Qué sabe usted de la civilización, pequeña? —dijo, dominando su risa a duras penas—. Dígame, ¿qué sabe de ella?

—Está loco...

—Tal vez, pero en todo caso, soy un producto loco de esta civilización, de ese orden establecido por el cual usted parece sentir veneración.

—No quiero escucharle...

—Va a oírme, y luego cerrará su linda boquita, porque mi paciencia tiene un límite. ¿Entendido?

—¡No, no! Déjeme llamar a la policía y...

—Cuando me haya escuchado.

—Está bien, si eso ha de facilitar las cosas.

—Usted dice que estoy loco. Bueno, no discutiremos por eso, pero quiero que oiga una historia. Imagínese que a un hombre le alistan en un determinado servicio oficial. Es un departamento tan secreto que el noventa y nueve por ciento de los ciudadanos nunca han oído hablar de él, porque dependen directamente de la Comisión de Seguridad Nacional. ¿Me sigue?

—¿Se refiere a la CIA?

El soltó un juramento.

—La CIA, al lado de esos hombres de que le hablo, son un rebaño de corderos. No, pequeña... Esos hombres son sometidos durante cinco años a un adiestramiento salvaje, hasta arrancarles todo lo que pueda haber de humano en ellos, excepto su aspecto exterior. Se les somete a progresivos experimentos que les hacen inmunes al dolor y al lavado de cerebro, si alguna vez caen en manos de enemigos tan implacables como ellos mismos. Se les inyectan drogas en dosis crecientes hasta que su organismo es capaz de resistir hasta la escopolamina a grandes dosis.

—¿Usted...?

—Cuando terminan con ellos están en condiciones de lanzarlos al mundo, en cumplimiento de las más crueles, las más bajas y abyectas misiones que un ser humano pueda llevar a cabo. Nada es

imposible para ellos, porque en cinco años les han convertido en perfectas máquinas de matar.

—No puedo creerle...

—¡Al diablo lo que usted crea, hermana! Está usted hablando con una de esas máquinas, sólo que ésta ha sido arrojada a la chatarra porque los años y la violencia la han dejado inservible.

—¿Quiere decir que eso es lo que hicieron con usted?

—Ni más ni menos.

—Pero, aunque sea cierto, no creo que le obligasen a aceptar ese trabajo espantoso...

—Nadie me obligó. Sólo alguien me lo propuso y acepté.

—Estoy horrorizada... Nunca pensé que eso fuera, real...

—Ahora ya lo sabe. Salga y llame a la policía si quiere.

Casi la empujó hacia la puerta.

Desde el suelo, el forajido les miraba con ojos desorbitados.

Alix se soltó de aquella garra que casi la llevaba en volandas y exclamó:

—¡No permitiré que me arroje usted fuera de mi propio apartamento!

—Está bien, hermana. Pero no vuelva a estorbarme o la encerraré. Ahora, traiga su plancha. Vamos a terminar el trabajito.

—¿La plancha?

—Eso dije. ¿O es que aquí no es costumbre planchar la ropa?

—Sí, claro, pero no comprendo...

—Tráigala, eso es todo.

—Quiero saber qué se propone.

Max se volvió hacia Colphax. Vio la mirada desorbitada del pistolero y le dedicó una sonrisa que pareció la mueca de un chacal.

—Voy a decírselo, primor... La plancha al rojo es el mejor argumento para los recalcitrantes. Aplicada a las plantas desnudas de sus pies, hablan. A gritos, pero hablan.

Colphax sufrió una tremenda contracción y agitó la cabeza de un lado a otro.

Alix ni siquiera pudo hablar. Se quedó helada, paralizada de espanto.

Sin preocuparse por ella, Max se inclinó sobre su prisionero.

—Veamos, ¿quieres hablar y ahorrarle a la chica el espectáculo?

Colphax asintió con gestos enérgicos.

Le libró de la mordaza, advirtiéndole:

—De cualquier modo, sabré si tratas de mentirme, y entonces, no habrá poder en la tierra que te salve. Te convertiré en un inválido aunque hables más que un locutor de radio.

—¡Diré todo lo que quiera!

—Para empezar, lo que quiero son los nombres de los dos tipos que «trabajaron» a Sam Fulton.

—Darley y Beaver.

—¿Dónde se pueden encontrar?

—No lo sé..., por las noches suelen apostar algún dinero en el French Casino...

—¿Quién ordenó el trabajito?

—¿Lo de Fulton?

—Ajá.

—No lo sé..., pero todos trabajamos para el mismo hombre... Rob Peters...

—¿Fue ese Peters quien mandó asesinar a esta chica?

—Sí, claro...

—¿Por qué?

—¿Cree que nos explica sus asuntos? El solo ordena y paga.

—Vayamos al hotel Coast. ¿Quién fue el encargado del trabajo allí?

La cabeza de Colphax giró hacia donde yacía el nauseabundo cadáver de su compinche.

—El... Reel, y Nick Genner.

—¿Genner? Se me ocurre que tu jefe dispone de todo un ejército...

No hubo respuesta.

Alix escuchaba fascinada. En menos de una hora había penetrado en un mundo de pesadilla en el que reinaba la violencia y la muerte. Era un mundo sórdido como jamás creyó que existiera, y menos tan cerca de ella.

Algunas veces había leído historias semejantes en los periódicos, pero eran hechos que solían suceder en cualquier lugar remoto del mundo, ajeno por completo a ese círculo vital en que ella se movía.

Ahora, la violencia había penetrado en ese círculo.

—Rob Peters —dijo Lumas entonces—. ¿Quién es, dónde vive?

—Tiene una oficina de apuestas y otros negocios...

—¿Dónde?

—En Main y Terrace. Hace esquina.

—Ahora, dime qué crees que debo hacer contigo, Colphax.

Estupefacto, el pistolero le miró de reojo, como si no pudiera creer en aquella absurda pregunta.

—¿De veras espera una respuesta? —Gruñó.

—Claro.

—Soltarme.

—Ajá.

—Vivo, quiero decir.

—Vivirás, Colphax, pero que el diablo me lleve si al dejarte vivo no cometo la mayor estupidez de mi vida.

Aquello era mucho más de lo que él había creído.

—Ahora puede llamar a la policía si encuentra un teléfono a mano, muchacha —concedió a regañadientes. Recogió la pistola de Colphax que había dejado sobre una mesita y añadió—: Cuando lleguen, cuénteles lo sucedido.

—¿Va a dejarme aquí... con él?

—Está atado, no, puede hacerle ningún daño.

—Pero debería esperar usted a la policía también...

—Es usted la amante de la ley, no yo. Entiéndase con ella.

Abrió la pistola y comprobó su carga. Estaba, completa y el cañón limpio. Era una «Beretta» de pequeño calibre. La limpió con el pañuelo y dejándola de nuevo en la mesita, comentó:

—¿Para qué la llevabas, sólo de adorno?

Miró a la muchacha por última vez. Se sorprendió al darse cuenta de que hubiera podido desecharla brutalmente solo con dejar libres sus sentimientos y, sacudiendo la cabeza, perplejo, salió.

Alix se quedó plantada en el centro de la estancia unos instantes, incapaz de moverse. Colphax comenzó a forcejear violentamente con sus amarras, pero pronto se convenció de que aquel diabólico tipo era también un experto haciendo nudos.

Al fin, la muchacha salió del apartamento precipitadamente en busca de un teléfono.

Para entonces, ya no pudo ver ni rastro de Lumas, pero el recuerdo de aquel hombre seguía turbándola, casi torturándola, porque ahora empezaba a darse cuenta de que no sólo estaba en sus pensamientos.

Parecía haberse metido hasta en su sangre, creándole una desazón como nunca antes había sentido.

CAPÍTULO VI

Mirror se retorció a causa de un mordisco de su úlcera. Siempre sucedía igual cuando acababa de tomarse el nauseabundo medicamento.

Luego, se calmaba, pero en ese lapso de tiempo sentía tentaciones de golpearse contra las paredes.

Pensó que ya era hora de dar un vistazo a su despacho y luego realizar el recorrido acostumbrado por las dependencias del hotel.

Entonces se abrió la puerta de su aposento privado y entró Lumas, cerrando tras de sí.

—Decididamente, nunca le enseñaron a llamar a las puertas — rezongó.

—A veces, uno sorprende escenas divertidas entrando sin llamar. ¿Es cierto que usted llamó por teléfono a Alix Talbot, pidiéndole que viniera a verle?

—Sí. ¿Se lo ha dicho ella?

—¿Y mencionó por teléfono que se trataba de hablarle de algo relacionado con la muerte de su padre?

—Supongo que debí decirle algo semejante. ¿Por qué se preocupa usted por eso?

—Porque quiero librarle de un espía. A raíz de esa llamada, dos pistoleros intentaron asesinar a Alix, después de obligarla a contarles lo que usted le había revelado.

Mirror dio un salto, olvidado por completo de sus molestias.

—¿Le hicieron algún daño?

—No pudieron. Yo estaba allí. ¿Por dónde pasó su llamada, por la centralita del hotel, o fue línea directa?

—Por la centralita, naturalmente.

—Ajá. Vamos a charlar un poco con la telefonista.

—¡Espere un minuto!

—¿Por qué?

—Esos pistoleros...

—¿Sí?

—Bueno, ¿qué pasó? No espere que le arranque las palabras con fórceps, hombre.

—Uno murió. El otro habló. Es todo lo que usted necesita saber.

—Resulta usted condenadamente comunicativo...

Max salió seguido del detective.

La telefonista tenía un cuchitril al final de un angosto pasillo mal alumbrado. Era una mujer de unos treinta años, rubia y bien maquillada. Tenía ojos astutos, labios duros y unos pechos que casi desbordaban el escote.

Mirror se disponía a hablar, cuando Max gruñó:

—Déjeme manejar este asunto a mi modo.

La telefonista dijo:

—¿Ocurre algo, señor Mirror?

—Yo diría que sí —replicó Max—. ¿Cuánto le paga a usted Rob Peters por sus informes, rubia?

El maquillado rostro se demudó. Fue algo que ella no pudo evitar, a pesar de sus esfuerzos.

—¿Qué..., qué quiere decir con eso? Además, ¿quién es él, señor Mirror?

—Responda a sus preguntas, Marge —masculló el detective.

—Pero no sé de qué está hablando. ¿Quién es ese Peters?

La zarpa de Lumas salió disparada y agarrando la larga cabellera rubia, tiró de ella, casi arrancando a la mujer de su asiento.

—No me venga con cuentos, zorra. Usted avisó a Peters de la llamada que Mirror hizo, citando a Alix Talbot. ¿Cuánto cobra por hacer eso?

—¡Suélteme!

Dio un tirón más brusco y ella quedó materialmente colgada de aquella garra, manoteando.

—¿Cuánto, Marge? —dijo Mirror.

—¡Nada! —chilló—. El... No puedo hacer otra cosa, señor Mirror...

Max la soltó y la mujer cayó sentada en el suelo.

Empezó a sollozar, con la cara cubierta con las manos.

Mirror dijo:

—Salga de aquí, cámbiese y no vuelva. Si se le ocurre reclamar

un centavo al hotel, la hundiré hasta el fondo de la tierra. Eso es todo.

—Por favor, escúcheme...

—No quiero oír excusa alguna. Por su culpa han estado a punto de asesinar a Alix Talbot, de modo que es usted afortunada librándose sólo con el despido.

Echó a andar hacia el vestíbulo. Jim, el botones, trató de escabullirse al verle, pero el detective rugió:

—¡Jim!

—Sí, señor.

—Ocúpate de la centralita hasta que te mande la otra telefonista.

—Muy bien, señor Mirror.

—A propósito, aún no me dijiste por qué subiste a ver a la señorita La *Tour* la otra tarde.

—Bueno...

—Suéltalo.

—Ella..., ella me había citado.

—Ajá. ¿Desde cuándo ibas a su habitación?

—Nunca hasta aquella tarde, puedo jurarlo. Solo... este... la miraba siempre que ella entraba o salía. Ese día, de madrugada, me llamó y dijo que si iba a verla después que ella hubiera descansado, podríamos charlar a solas. Por eso subí, llamé y como no respondió, pensé que aún dormía. Probé el tirador y la puerta se abrió y... bueno, lo demás, ya lo sabe.

—Tuviste una mala experiencia, hijo. Eso te enseñará para el futuro. Ocúpate del teléfono ahora.

Asombrado, Jim salió disparado, antes de que el detective cambiara de opinión y le pusiera de patitas en la calle.

Max gruñó:

—¿Quién es Rob Peters en realidad?

—Un hampón que controla las apuestas. Tiene buenas conexiones en todas partes.

—El organizó el funeral de esa mujer... La *Tour*, y de Talbot. ¿Tiene usted idea del motivo?

—En absoluto.

—Se lo preguntaré a él.

—Que me ahorquen si lo entiendo. Peters le soltará a toda su

cuadrilla.

—Aprendí a amaestrar perros hace mucho tiempo.

—¿Qué más aprendió usted, Lumas, y dónde?

—No haga preguntas idiotas. ¿Sabe algo de Sam?

—Nada. Llamé antes al hospital, pero continuaba en estado de coma.

Max rechinó los dientes.

—Si muere tendrán que ampliar el cementerio de este poblacho —rezongó entre dientes—. Vayamos a su oficina, Mirror. Quiero que me hable extensamente de Talbot y todo lo demás.

—Muy bien...

Los dos hombres se encerraron en la oficina del detective.

Y Mirror se asombró de que, bajo el fuego graneado de las preguntas del forastero salieran a la superficie tantos conocimientos sobre Talbot y sus ambientes, tantos conocimientos de multitud de asuntos que hasta entonces ni siquiera advirtiera que sabía...

Su respeto por Max Lumas se agigantó, incluso contra su voluntad.

Anocheecía cuando un largo coche oscuro se deslizó por el sombrío callejón, abierto entre los inmensos edificios del distrito industrial.

A ambos lados se alzaban los muelles de carga de las industrias y el sedán negro, despacio, fue a detenerse a mitad de la calleja.

Había otro auto detenido allí.

Del último en llegar se apeó un hombre, que caminó rápidamente hacia el otro coche. Una portezuela se abrió y él entró dentro.

Había dos individuos sentados en el asiento delantero, y otro en el posterior, junto al que se acomodó el recién llegado.

Esté dijo:

—Supongo que ninguno ignora cómo están las cosas en estos momentos.

Hubo un gruñido de asentimiento colectivo.

—Entonces, creo que estaréis de acuerdo en que es ineludible la necesidad de poner en práctica la segunda parte de nuestro plan.

—¿Esta misma noche?

—Sí.

—Muy bien. ¿Quién se ocupará de la chica ahora?

—Eso ya está resuelto.

—También creíamos que estaba resuelto antes y esos estúpidos fracasaron rotundamente.

—Nadie pudo prever la intervención de ese individuo forastero.

—¿Tú crees que puede tratarse de un agente federal?

—Ni remotamente. Ningún agente del FBI actuaría del modo como lo hizo ese hombre..., Lumas, o como se llame. De todos modos, no importa ahora lo que sea. Esta misma noche dejará de interferir en nuestro negocio. Pero tendremos que hacer algo nosotros personalmente. Hay cosas que no pueden confiarse a Peters, y ésta es una de ellas.

—¿Cuál?

—Escuchadme. Si estáis de acuerdo con lo que voy a decir, nadie podrá volverse atrás después. Quiero que todos estemos comprometidos en la misma medida desde esta noche, para evitar que nadie pierda la cabeza y hable más de la cuenta...

—Ninguno se volverá atrás.

El hombre empezó a hablar. Alguno de los que escuchaban sintió un ramalazo de miedo, pero no despegó los labios.

CAPÍTULO VII

A la tercera intentona con la ganzúa, la puerta giró silenciosamente en la oscuridad.

Las inmensas oficinas estaban desiertas y silenciosas. Max se irguió una vez dentro y, orientándose, buscó la que fuera el lugar de trabajo de Frederick Talbot.

Volvió a cerrar la puerta por dentro y avanzó cautelosamente por el complicado laberinto de otros despachos, pasillos y dependencias.

El despacho de Talbot estaba al fondo, después de la oficina general, y comunicado con otro pasillo por una puerta que descubrió al entrar.

Alumbrándose con una diminuta linterna, revisó con cuidado los documentos y el resto de contenido de los cajones.

No sabía exactamente qué buscaba, pero sí tenía la corazonada de que allí debía haber algo que revelara lo que el hombre de negocios tenía planeado en un futuro inmediato.

No halló nada en absoluto.

Ampliando el radio de su inspección, llegó a las conexiones telefónicas.

Fue allí donde tuvo la sorpresa, porque alguien había interferido la línea.

No era un trabajo perfecto, ni siquiera hábil. Hubiera avergonzado a cualquier buen profesional, pero era suficiente para que las conversaciones que Talbot sostuviera desde su oficina pudieran ser interferidas.

Eso le dio otra idea.

Comenzó a buscar en los despachos de los directivos de la empresa. En todos ellos había la misma conexión.

De este modo llegó a una estrecha escalera que conducía al piso superior.

Arriba había una gran nave que contenía los archivos de la industria. En el mismo rellano se abría una puerta que comunicaba con una dependencia que debía servir de vestuario a los empleados del archivo.

Su registro le llevó hasta las mesas de trabajo de la extensa nave. Arrugó el ceño al comprobar que ninguno de los teléfonos tenía la consabida conexión fraudulenta.

Al fondo del archivo, otra puerta comunicaba con un despacho espacioso. Sobre la puerta, una placa indicaba que aquél era el despacho del señor McDutton, jefe de archivos.

Para ser archivero, el señor McDutton resultaba un individuo un tanto desordenado, a juzgar por los papeles abandonados sobre su mesa de trabajo.

Daba la sensación de que el señor McDutton había abandonado su trabajo precipitadamente, dejando atrás un buen revoltijo de documentos.

Max abrió los cajones de su mesa de acero mediante una de sus ganzúas.

En el primer cajón de la derecha había un compacto magnetófono.

Graduando cuidadosamente el volumen de sonido, Max lo puso en marcha para escuchar la grabación que estaba colocada en los carretes de cinta...

Lo que oyó le produjo escalofríos y le obligó a abandonar las oficinas como si le persiguieran todos los diablos del infierno.

Ni siquiera perdió tiempo disimulando las huellas de su paso. Todas las puertas quedaron abiertas y en la de salida a la calle, se disparó la alarma, que tan cuidadosamente sorteaba al entrar...

Se perdió en la noche como la sombra de la muerte.

Mirror se quitó los zapatos y suspiró con evidente placer. En realidad, a estas horas era casi el único placer que le quedaba, pues no sabía qué le dolía más, si los pies o el estómago.

Apenas había cenado, deseando meterse en la cama cuanto antes. Por otra parte, deseaba estar a solas para meditar profundamente sobre todo lo que estaba sucediendo.

Entonces se abrió la puerta como empujada por un huracán y el detective pegó un salto, furioso.

—¡Condenación! Usted va a provocarme un ataque cardíaco...

—Venga conmigo, Mirror.

—¿Para qué?

—No haga preguntas idiotas, no hay tiempo para nada.

—Escuche, Lumas. Usted vino por lo de Sam Fulton, y desde que llegó, se ha convertido en mi pesadilla, sin que haya hecho nada por él. Ya empiezo a cansarme de usted.

Una zarpa como una garra de acero le levantó en vilo de la cama. Los ojos de Lumas eran dos rendijas en las que asomaba el siniestro brillo del infierno.

—Usted habla demasiado —le espetó—. Eso va a costarle la cabeza el día menos pensado. Andando, tengo el coche ahí fuera.

Teniendo en cuenta el volumen del detective, éste se quedó boquiabierto de que una sola mano pudiera mantenerlo en vilo.

—Espere que me ponga los zapatos por lo menos...

—Se los pondrá en el coche.

El «Ford Mustang» estaba efectivamente ante la puerta. Tenía el motor zumbando y salió como un cohete apenas Mirror hubo entrado en él.

Max gruñó:

—Necesito que me guíe, Mirror. Después, si lo desea, podrá mantenerse al margen.

—¿Al margen de qué?

—De la muerte, con toda seguridad.

John Danae miró su reloj. Pasaban unos minutos de la hora en que Alix dijo que llegaría, pero no se impacientó. Era un negro corpulento, de rostro inteligente y ademanes lentos.

Le había costado un calvario de humillaciones abrirse paso en sus primeros años, hasta que Talbot reparó en él. Luego, había sabido abrirse camino a base de tesón, voluntad y talento. Sin embargo, había vivido también los días trágicos de la más encarnizada lucha racial.

Esos tiempos infamantes habían marcado indeleblemente su carácter, de modo que nunca pudo librarse ya del temor, el recelo innato de las gentes de color hacia la mayoría de hombres blancos.

Quizá por eso, cuando vio aparecer las cuatro figuras fantasmales surgiendo de entre las sombras, el pánico le paralizó.

—¡El Klan! —jadeó sin voz.

Los cuatro fantasmones se detuvieron a corta distancia. Los

cuatro empuñaban pistolas y eso no dejó de sorprender al negro, porque los castigos de la infame organización no utilizaban nunca armas de fuego para sus ejecuciones.

Sin embargo, allí estaban.

El Ku-Klux-Klan había sido desorganizado, barrido materialmente por los agentes federales años atrás. Danae lo sabía y como todos los hombres de color de los Estados Unidos, no había dejado de celebrarlo. No obstante, todo el mundo sabía que en algunos lugares quedaban aún pequeños grupos de fanáticos ardiendo de odio.

Sólo que Danae nunca pensó que Fort Wales fuera uno de esos lugares precisamente.

Uno de los encapuchados, gruñó:

—Has hecho bien en esperamos, negro. Eso nos ahorra mucho trabajo...

—No comprendo...

—La cruz arderá esta noche. Toda la ciudad sabrá que el Klan ha vuelto para castigar a los sucios negros que no saben cuál es su lugar.

—¡Pandilla de asesinos...!

Las cuatro pistolas dispararon a la vez. Un seco trueno que vibró en la noche unos instantes y luego se apagó.

Danae fue sacudido por los proyectiles antes de caer sobre la hierba del jardín.

Los cuatro asesinos le rodearon. Uno le dio la vuelta y la cara del negro quedó de cara a las estrellas, con los ojos inmensamente abiertos.

Sin cambiar una palabra, los cuatro se apartaron. Minutos más tarde, dos de ellos estaban en la cumbre de la loma, donde hincaron la cruz en el suelo.

Los otros dos quedaron ocultos entre la arboleda del jardín de la residencia de Talbot, oscura y silenciosa.

Esperaron allí pacientemente, como la araña espera a la mosca.

Cuando los dos que descendían de la loma llegaban al jardín, los faros de un coche barrieron un instante las sombras del paseo de grava y luego se apagaron. El motor dejó de zumbar y sonó, apagado, el golpe de una portezuela.

Alix apareció poco después, caminando cautelosamente en las

sombras.

—¿Danae? —llamó, deteniéndose, como venteando el peligro.

Siguió avanzando un poco más. Entonces descubrió el bulto tirado en el suelo y contuvo un grito.

Se precipitó hacia él, sólo para comprobar que el negro estaba muerto. La muchacha sintió un profundo terror, pero también un sentimiento de piedad por el que fuera fiel amigo de su padre. En cierto modo, ese hombre de color había dado la vida por ella..., por ayudarla...

Se irguió poco a poco, temblando de ira.

Fue entonces que vio a los cuatro encapuchados a corta distancia, plantados allí como fantasmones surgidos de una pesadilla. Vio sus armas, su presencia fatídica y siniestra y no pudo contener un grito:

—¡Asesinos!

Por primera vez en su vida, Alix supo que hubiera sido capaz de matar, si en esos instantes hubiera dispuesto de un arma.

Uno de los encapuchados dijo:

—Tienes razón. Asesinos. Pero cuando está en juego algo de enorme magnitud, una vida humana apenas importa, a menos que esa muerte pueda provocar la reacción de la gente. Y la tuya y la del negro, sólo provocará repulsión.

—¿Por qué han tenido que matarlo? Danae nunca hizo daño a nadie...

—Era negro, y tú eres una mujer blanca. Una mujer blanca que no ha dudado en acudir a una cita con un negro.

—¡Miente! Danae no...

—Claro que miento, pero eso será lo que descubrirá la ciudad, porque cuando alguien encuentre los cuerpos de ambos estarán juntos, y desnudos.

Alix sintió vértigo ante el horror de esa pesadilla.

Vio cómo las armas se alzaban. Iban a disparar y por alguna extraña piroeta de la mente, su último recuerdo voló hacia el hombre que ya una vez le había salvado la vida. Aquel hombre que parecía haber llegado hasta lo más profundo de su sangre, torturándola hasta el extremo de inspirarle dolor y placer al mismo tiempo...

Iban a matarla, y al callar el portavoz de los encapuchados, un

gran silencio planeó en el jardín. Luego, ese silencio fue roto por el rugido de un motor lanzado a toda marcha.

—¡Alguien viene! —Ladró el encapuchado—. ¡Terminemos, pronto!

Obrando por puro instinto, Alix se arrojó de bruces y rodó sobre sí misma. Las armas tronaron al unísono y los proyectiles hicieron saltar la grava a su alrededor.

—¡Matadla, matadla! —bramó el portavoz del grupo de asesinos.

El coche enfiló el paseo, atravesando la verja como un rayo.

Los cuatro siguieron disparando contra el ágil cuerpo de la muchacha, que rodaba frenéticamente buscando la protección de los árboles.

El coche desembocó en el jardín y sus frenos chirriaron salvajemente. Apenas se hubo detenido, un hombre saltó por encima de la portezuela.

El hombre disparó.

Hubo un estampido como un cañonazo cuando ya los cuatro fantasmones, desaparecían entre la vegetación. Uno de ellos abrió los brazos y cayó.

Max maldijo entre dientes. Dominó su impulso de seguirlos y corrió hacia donde la muchacha yacía boca abajo, sollozando.

Mirror saltó del coche lamentando no disponer de una pistola.

—¿Está viva, Lumas?

—Sí...

Ella volvió la cara. En los primeros instantes apenas si reconoció a Max. Luego, volviéndose, susurró:

—Ha sido horrible...

—¿Está herida?

—No..., creo que no.

El la levantó como si fuera una pluma.

La muchacha tenía el vestido hecho jirones y había rasguños en sus brazos y piernas de los que brotaba la sangre.

—¿Puede sostenerse de pie, pequeña?

—Sí... ¡Oh, Dios!

Inesperadamente, la muchacha se abrazó a su cuello y ocultó la cara en el poderoso pecho de aquel hombre. Se quedó allí acurrucada, sollozando al borde de la histeria.

Mirror enarcó las cejas y gruñó:

—Si me presta la artillería trataré de cazarlos, Lumas.

—Están demasiado lejos. Pero he tumbado a uno. Tráigalo.

Maldiciendo para sus adentros, Mirror fue en busca del caído.

Vio primero la mancha entre la arboleda. Una mancha blanca de la túnica y la capucha. Ahora estaba manchada de rojo y parecía sólo un montón de trapos sucios.

Agarró la capucha y descubrió la cabeza del hombre. Necesitó encender una cerilla para reconocerlo. Tras esto, lo arrastró sin ninguna contemplación hasta la plazoleta.

Al llegar allí lo soltó y la cabeza inerte golpeó contra la grava. A Mirror se le antojó que la desesperación de la muchacha duraba demasiado, apretada contra el gigantesco corpachón de Lumas.

—¿Qué clase de balas utiliza usted, hombre? —masculló—. Este tipo tiene un boquete en la espalda por el que pasaría un camión...

—¿Le conoce usted, Mirror?

—Seguro..., es uno de nuestros más prominentes ciudadanos. Bueno, era. Se llamaba Callahan.

La muchacha se desprendió al fin de los poderosos brazos que la apresaban.

—¿Ben Callahan? —balbuceó.

—¿Quién era él? —masculló Lumas.

—Él más importante agente de bienes raíces de la comunidad. Ya sabe... grandes oficinas, ejecutivos de primera y secretarias despampanantes.

—Pero él era amigo de papá —dijo Alix, casi sin voz—. Hizo muchos negocios con él...

—Pequeña, esos fanáticos no tienen amigos ni aceptan razones.

—Éste aceptó la suya —gruñó el detective—. Se va a armar un buen lío cuando se sepa.

—Me gustaría saber qué pinta el Klan en todo esto... Tenía entendido que había dejado prácticamente de existir.

—El FBI los destruyó y sus principales cabecillas están en la cárcel. Sin embargo, parece que algunos tratan de levantar cabeza de nuevo.

La muchacha dijo:

—No, Mirror..., eso era sólo una pantalla... me lo dijeron cuando iban a matarme... ¡Miren!

Se volvieron en redondo. Sobre la loma ardía una gran cruz y el resplandor de las llamas debía ser visible desde casi toda la ciudad.

—Antes de largarse han querido representar su comedia —rezongó Lumas—. ¿Qué estaba diciendo, Alix?

—Dijeron que no les convenía que la ciudad se levantara a causa de un crimen, pero que aceptarían que yo hubiera sido asesinada cuando me encontrasen con un negro... desnudos los dos.

—Ya veo, era así como pensaban hacerlo...

Mirror maldijo en voz alta.

—Me gustaría atrapar a esos bastardos —aseguró.

Max se apartó, para dar un vistazo al cuerpo de Danae.

—Cuatro balazos —gruñó—. Deben haberle disparado todos a la vez... Es una manera de comprometerse de modo colectivo.

De pronto, Alix exclamó:

—¿Cómo sabían que yo había venido aquí?

Mirror se encogió de hombros.

—Aún ignoro cómo él lo supo, pero me arrancó de la cama sólo para que le guiara a este lugar.

Max encendió un cigarrillo, todavía inclinado cerca del cadáver del negro.

—¿No se ha preguntado usted cómo lo supieron ellos, muchacho?

Ella y el detective se volvieron en redondo. Hasta ese momento, era cierto que a ella no se le había ocurrido pensar en eso.

—Suéltelo ya, Lumas —se impacientó Mirror—. ¿Siguieron a Danae?

—No. ¿Quién es el jefe de los archivos en las oficinas de su industria, Alix, le conoce?

—No...

—Tienen intervenidos los teléfonos de casi todos los despachos. Grabaron la conversación de ese hombre cuando la citó a usted aquí, muchacha. Así es como lo supe yo también. Es así de sencillo.

—¡Sencillo! —boqueó Mirror—. Me gustaría mucho saber cómo se le ocurrió que esos teléfonos podían estar intervenidos... y cómo descubrió esa grabadora.

—Lo de los teléfonos lo descubrí por casualidad. Pero una vez lo supe comprendí que alguien debía grabar las conversaciones en el mismo edificio, porque los micrófonos autónomos instalados allí

eran de reducido alcance. Vamos, larguémonos de aquí.

Alix protestó:

—¡No podemos abandonar al pobre Danae de este modo!

—A él ya no le importará eso. Quiero tener una charla con el jefe de esos archivos antes que emprenda el vuelo.

Mirror suspiró.

—La noche es joven —gruñó, sarcástico.

Cuando se alejaban con el coche a toda velocidad, el detective dijo:

—Imagino que marginalmente estará haciendo averiguaciones también en torno al asunto de Sam Fulton y los tipos que le golpearon...

—Ya sé quiénes lo hicieron. Pero éstos son simples peones en este juego.

—Ya veo. Usted no se conforma con menos que con el jaque mate.

La carretera descendía serpenteando por la colina. Mucho antes de llegar a la ciudad, Mirror gruñó:

—Hay un incendio en los suburbios... cualquiera creería que esta noche se ha desatado el infierno.

—Es cierto —murmuró la muchacha—. ¡Miren, hay más de uno!

En la oscuridad, varios focos de fuego se distinguían en el extremo más alejado de la población.

—Es el barrio negro —masculló el detective.

—Tal vez hayan decidido dar señales de vida también en las calles. ¿Había sucedido antes algo así?

—Hubo algaradas y negros descalabrados algunas veces. Incluso alguno murió a causa de las heridas, pero de un tiempo a esta parte había tranquilidad. No puedo comprenderlo.

Max aceleró y el coche se lanzó como un potro desbocado carretera adelante, tomando las curvas sobre dos ruedas, el motor rugiendo.

Al entrar en la ciudad advirtieron que las calles estaban desiertas y no se veían luces en ninguna parte. Las casas, cerradas, daban la sensación de estar deshabitadas.

Incluso los bares habían cerrado esa noche.

—Desde luego, no eran incendios —comentó Mirror, rechinando los dientes—, sino cruces llameantes. Ha cundido el terror.

Max detuvo el coche frente al hotel. Apagó el motor y dirigiéndose al detective gruñó:

—Ocupese de que Alix pueda instalarse en una habitación próxima a la mía. Pasará la noche en el hotel para evitar más sorpresas. De este modo, o usted o yo, podremos custodiarla en todo momento.

—¿Se quedará ahora conmigo? —murmuró la muchacha.

El se volvió a mirarla.

—No —dijo—. El primer turno le corresponde a Mirror. Yo tengo otras cosas que hacer.

Apenas se hubieron apeado, encendió un cigarrillo y añadió:

—Llévela a una habitación y no la pierda de vista, Mirror. Por alguna razón muy poderosa, esos fantasmones han dispuesto que Alix debe morir.

—Bueno, esta vez estaré esperándoles con mi propia artillería.

Vieron cómo el coche se alejaba velozmente.

Con voz apenas audible, la muchacha musitó:

—Ojalá no le suceda nada, Mirror..., no podría Soportarlo...

—¿Te ha dado así de fuerte, niña?

—No lo sé..., de veras. Es algo superior a mí.

—Mal asunto, querida. ¿Te has detenido a pensar en la clase de hombre que es él?

—Sé la clase de hombre que es. Estuvo hablándome, ¿sabe? Y creo que me necesita.

—¡Condenación! Como yo necesito la maldita úlcera. Esa clase de hombres no necesitan a nadie, nunca.

—El sí... de veras.

Mascullando entre dientes, el detective la empujó hacia el hotel.

CAPÍTULO VIII

En la mayoría de plazoletas del sombrío distrito negro ardían los restos de las cruces fatídicas. Todo aquel barrio rezumaba miedo esa noche. Y él sabía bien que el miedo es como una marea incontenible una vez desatado.

Sin embargo, continuaba sin explicarse a qué obedecía todo eso. También era sorprendente que sólo cuatro encapuchados hubieran provocado todo ello, y que solamente tres de ellos hubieran podido realizar esa siembra de cruces llameantes...

Forzosamente habían intervenido más fantasmones.

Maldijo para sus adentros, porque todo el asunto era como una bola de nieve, cada vez más grande a medida que rodaba más y más.

Lo importante era saber quiénes había empujado esa bola... y por qué.

Abandonó el barrio de color y condujo cada vez más rápido hasta una esquina, tan desierta como las demás. Ni siquiera la población blanca tenía ganas de divertirse esa noche...

Buscó la dirección hasta detenerse frente a una puerta.

El buzón al lado de la puerta contenía un nombre:

«Robert Peters».

La cerradura no resistió a sus hábiles manejos, rindiéndose a la ganzúa. La mayoría de «revientapisos» del país habrían envidiado esa habilidad.

Antes de deslizarse al oscuro interior, Max enroscó el silenciador a la pistola, corriendo el seguro.

Tras el zaguán, había una puerta que debía comunicar con las oficinas de apuestas que ocupaban la planta baja. Más allá se iniciaban las escaleras y empezó a subirlas pisando como un tigre.

En el primer rellano se detuvo y pegó el oído a la puerta.

No oyó nada.

No obstante, alguien debía estar en la casa, esperándole, de eso estaba casi seguro.

Siguió subiendo, tenso, cauteloso, viviendo en esa tensión como siempre viviera.

En la segunda planta volvió a tender el oído.

Y más allá de la puerta, alguien removió los pies. Fue un sonido casi imperceptible, pero que le arrancó una mueca. Alguien estaba allí.

Suavemente, dio vuelta al tirador de la puerta. No estaba cerrada con llave y se movió, abriéndose una pulgada.

Pegado a un lado, Max levantó la pistola.

En este instante, sobre él, en la escalera que subía al tercer piso, una voz ordenó:

—¡Levante las manos y no se mueva! Está rodeado, gran tipo.

Al otro lado de la puerta hubo el ruido de una silla.

Abajo, la puerta del primer piso se abrió con un chirrido.

Max esperó.

La voz añadió:

—Sabemos que está armado, así que arroje el arma si quiere conservar el pellejo...

Se deslizó pegado a la pared. El cañón de su pistola se elevó poco a poco. Había demasiados enemigos para lo que él deseaba hacer.

El de la voz descendió otro peldaño cautelosamente.

En la oscuridad de la escalera era apenas una mancha más negra cuando él le descubrió y apretó el gatillo.

Sonó el ridículo y apagado estampido. Se elevó un alarido y una sorda explosión cuando el cuerpo rodó escaleras abajo con un gran estrépito.

Siguió inmóvil, esperando como una fiera al acecho.

Tampoco era la primera vez que aguardaba durante un tiempo interminable a que sus adversarios cedieran al miedo y a los nervios. Era un juego mortal en realidad. Un juego en el que además de las armas jugaba el cerebro.

Abajo, el que había abierto la puerta gritó:

—¡Genner! ¿Lo tienes? ¡Responde!

Max sonrió a la negrura. Cambió de posición acercándose a la barandilla. Sus pies tropezaron sin ruido contra el cuerpo de Nick Genner.

Se detuvo allí, respirando acompasadamente, con calma.

Ahora se oían ruidos leves en toda la casa. Estaban poniéndose nerviosos sin ninguna duda.

El de la planta inferior empezó a subir. Peldaño a peldaño, no movía un pie que no hubiera asentado el otro.

No obstante, producía el suficiente ruido como para que Max supiera en todo instante dónde estaba. Casi sintió lástima por esos tipos capaces de asesinar sin ningún escrúpulo, y sin embargo, tan torpes cuando debían luchar en igualdad de condiciones que su víctima.

Guiándose sólo por el rumor de sus pies, Max fue siguiendo el lento avance del pistolero. La pistola apuntó al negro pozo de sombras. Pasó casi un minuto. Luego, oprimió suavemente el gatillo.

Hubo un alarido escalofriante y luego el estrépito de un cuerpo precipitándose escaleras abajo hasta retumbar contra el rellano.

Tras unos instantes de escucha, Max guardó la pistola en el cinto y poco a poco levantó el cadáver que yacía a sus pies. Lo llevó en vilo hacia la puerta y sosteniéndolo erguido lo empujó.

La puerta se abrió y el cuerpo osciló un segundo. Dentro de la estancia llamearon las armas sin un ruido y el cuerpo cayó en el instante en que Max se deslizaba dentro pegado al suelo. El muerto casi le cayó encima.

Una voz dijo:

—¿Crees que está muerto?

—Por lo menos ha recibido dos o tres plomos.

Serieron unos pasos y un chasquido. Una lámpara de pie se encendió, mostrando el cuerpo tumbado en la entrada.

Rob Peters era rechoncho, sanguíneo. Su cráneo había perdido la mayor parte de los cabellos y brillaba cubierto de sudor.

Junto a él, otro hombre miraba estupefacto el cadáver.

—¡Es Genner! —exclamó Peters—. ¡Entonces...!

—¡Está aún ahí fuera, el maldito!

Los dos dieron un brinco, apartándose de la puerta por donde temían que pudieran llegarles las balas.

Sin embargo, fue tras ellos que sonó la voz:

—¡Tiren las armas, Peters, o mueren!

Peters se quedó petrificado, inmóvil.

Su esbirro trató de volverse como una centella. Ninguna centella puede ser más rápida que una bala, y eso fue lo que recibió en la clavícula. Todo el hombro pareció estallarle y el hombre aulló, desplomándose.

Peters dejó caer el revólver que empuñaba y entonces se volvió.

Max estaba en el ángulo opuesto al de la puerta. Peters no podía comprender cómo había podido llegar hasta allí sin que le vieran ni oyeran.

—Habrías salido ganando dedicándote solo a tus apuestas, Peters —le dijo amablemente—. Todo lo demás es demasiado duro para gente como tú.

—Usted...

—Sabes perfectamente quién soy porque estabas esperándome.

—¿Sabía que le esperábamos...?

—Por lo menos, digamos que estaba razonablemente seguro. Colócate ahí, junto a la pared.

—¿Qué se propone hacer?

—Matarte, Peters.

Éste sintió el hielo de la muerte culebrear por su espina dorsal.

Retrocedió hasta la pared, temblando.

Max se acercó al desvanecido pistolero herido. La sangre escapaba a chorros de su terrible herida. Luego se desentendió de él.

—Veamos, Peters... Ese fulano que obstruye la entrada se llamaba Genner. Fue uno de los asesinos de Talbot y de la bailarina. ¿Sí?

—Lo sabe ya...

—¿Cómo se llama ese otro?

—Darley.

—¿Y el que ha reventado abajo?

—Beaver.

—O sea, que los dos que «trabajaron» a Sam Fulton han recibido lo suyo. Lástima. Pensaba hacerlo de otro modo con ellos. Ahora quedas tú.

—Hagamos un trato, Lumas...

—Adelante, ¿qué clase de trato?

—Dinero. Mucho dinero.

—¿Cuánto? Tienes que ser una buena oferta para que la tome en consideración.

—Digamos... diez mil dólares.

Una mueca atirantó las facciones de Max.

—¿Eso es lo que crees que vale tu pellejo?

—¡Diez mil dólares y todo lo que tiene que hacer es largarse! ¿Le parece poco?

—Yo creí que ofrecerías por lo menos cincuenta mil, aunque tú no valgas ni la décima parte.

—¿Eso es lo que quiere, cincuenta mil dólares?

—Voy a hacerte un favor. No va a costarte un centavo seguir vivo.

—No le creo... está burlándose de mí...

—Te aseguro que mi sentido del humor no llega hasta ese extremo. Ni un centavo, hijo de perra. Sólo con que hables y te salvas.

—Ya veo...

—¿Y bien?

Desesperado, el jefe de pistoleros sacudió la cabeza.

—No puedo... no sé nada, Lucas, se lo juro.

—Tú recibes órdenes. Sólo dime de quién.

Peters señaló el teléfono.

—Nunca los veo —gimoteó—. Me hablan por teléfono, y cuando he hecho el trabajo recibo un sobre con el dinero estipulado, eso es todo.

—Mejor prueba otra vez. Ellos no te librarán de la muerte.

—¡Le juro que es así como lo hacen! Esta misma noche, me ordenaron sembrar cruces ardiendo en el barrio negro... Mandé a los muchachos y lo hicieron, disfrazados con capuchas. ¡Y dieron la orden por ese teléfono!

Max suspiró:

—Acércate a ese tipo... Genner, y mira su herida.

—¿Por qué? Ya sé que está muerto.

—¡Míralo!

Trastabillando, rebotando pánico, el cabecilla se acercó a su pistolero muerto.

Vio el espantoso boquete en su pecho y las piernas empezaron a fallarle.

Tras él, Max gruñó:

—¿Sabes la clase de proyectil que le ha hecho eso?

—Sí..., he oído hablar de esas balas...

—Bueno, tú la recibirás en la barriga. Tendrás tiempo de ver tus tripas esparcidas por todo el cuarto. ¿Qué te parece, recobras la memoria?

—¡No puedo decirle más! —gimoteó, lívido—. Ni siquiera tengo idea de quiénes son.

—Hagámoslo de otro modo, estúpido. Por ejemplo, ¿cómo supiste que tarde o temprano yo vendría en tu busca?

—Ellos me advirtieron por teléfono. Dieron órdenes...

—¿Viste a Colphax después de su fracaso?

—No...

—Pero ellos te dijeron que había hablado conmigo... y que Reel estaba muerto.

—Sí, eso sí.

—¿Estás seguro de que no puedes decirme nada más?

Peters vio la muerte ante sus ojos.

Ya ni siquiera respondió. Dio un salto por encima del cadáver de Genner y se lanzó escaleras abajo, mientras tras él estallaba una bala.

Max le siguió sin prisa. Estaba seguro que Peters había dicho la verdad.

En la oscuridad de la escalera, Peters siguió corriendo como alma que lleva el diablo. Sólo que en el rellano inferior, sus pies se enredaron con el cuerpo que había allí, hecho un ovillo, y con una trágica voltereta se precipitó por encima de la barandilla, estrellándose en el zaguán con un sordo impacto.

Max descendió sin ninguna prisa. Después de todo, ni él mismo estaba seguro de haber encontrado determinación para meterle una bala a Peters teniéndolo indefenso ante él.

Eso era consecuencia de todo lo demás, porque en otros tiempos ni siquiera habría titubeado. Quizá, después de todo, tuvieron razón cuando le dieron el puntapié, apartándole definitivamente de una organización a la que, a lo largo de los años, había entregado lo que ningún ser humano está facultado para entregar: Su propia alma...

CAPÍTULO IX

Sam Fulton le miró con su único ojo en condiciones. Trató de sonreír y murmuró:

—Sabía que..., que tú lo harías, Max...

—Esos desgraciados eran sólo aficionados. Tú mismo pudiste haberlos descubierto sin ningún esfuerzo, Sam.

—No, yo, no. No servía para ese trabajo y tú lo sabes.

—¿De veras? Serviste para salvarme la piel cuando estaban torturándome. Te metieron un cuchillo entre las costillas por sentirte caballero andante y eso te costó el puesto. Yo diría que sí servías.

—Nunca lo olvidaré..., eran unos tiempos... horribles.

—Los mejores que han existido, Sam. Entonces, cada uno sabía en todo momento en qué lado estaba el otro. Ahora, con todas esas historias de la coexistencia y demás, nunca sabes a qué atenerte.

—No bromees...

—No estoy bromeando. ¿Cómo te sientes?

—¿Tú qué crees?

—Bueno, vas a chasquear a los médicos por segunda vez en tu vida.

—No estoy muy seguro... ¿Averiguaste por qué mataron a Talbot?

—Oficialmente, aún sigue siendo un suicidio. Pero no, aún no sé por qué lo hicieron. Imagino que es por eso que me hiciste venir.

—Sí..., debe ser algo grande..., terrible. Talbot era un personaje.

—¿Quiénes, tienes idea? Y no me refiero a los que hicieron el trabajo. Estos están muertos.

—No lo sé..., no sé nada. Mirror creo que lo sospecha.

—Mirror es una caja de sorpresas. ¿Confías en él?

Sam movió la cabeza y una mueca distendió sus labios amoratados.

—Plenamente. Está resentido, y amargado también. Pero es de fiar, Max.

—Está bien. Me quedaré por aquí hasta que te levantes. Ocúpate de que sea pronto.

—No sé..., de todos modos, no te descuides.

Max salió. En el pasillo había otro guardia de aspecto aburrido y el médico que le había facilitado la visita.

—Está recuperándose —dijo Max—. Saldrá de ésta, doctor.

—Es casi seguro. ¿Ha conseguido usted lo que quería saber de él?

—No..., él también ignora lo que yo quería saber.

Se alejó, devanándose los sesos en busca de una luz que aclarara lo que más ansiaba averiguar.

Alix se apartó de la ventana, volviéndose vivamente.

—Acaba de entrar, Mirror —dijo.

—Muy bien. Eso demuestra que ese tipo es indestructible. No le ha sucedido nada.

—No se burle..., ha estado fuera toda la noche y esta mañana... Usted mismo creyó que esta vez le había sucedido algo grave, no lo niegue.

—Bueno, llegué a pensar que le había abandonado su condenada suerte. Pero ¿y ahora qué, muchacha?

—No lo sé.

—¿Has pensado que es mucho mayor que tú?

—Eso no importa nada.

—¿Tampoco importa que sea un tipo al que le es indiferente morir?

—Porque nadie le ha enseñado nunca a tener algo por lo que vivir. Sólo aprendió a pelear, a matar, o a dejarse matar sin parpadear.

—¿Cómo lo sabes?

Ella desvió la mirada.

—Lo sé y eso es suficiente, Mirror. Quiero enseñarle a amar la vida, ¿comprende?

—Sería más fácil que intentases domesticar un tigre de Bengala.

Unos golpes a la puerta les interrumpieron. El detective gruñó:

—Ése no es Lumas. A él tampoco le enseñaron a llamar a las puertas.

—¡Es él, seguro!

—Bueno, quédate donde estás y no te muevas.

Mirror sacó el revólver y se acercó a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Max.

—¡Maldita sea! ¿Desde cuándo llama a la puerta? Entre.

Lumas se deslizó dentro y sonrió, mirando al revólver.

—Imaginé que estaría usted armado y nervioso. Por eso llamé.

—Ya veo.

Se acercó a la muchacha, mirándola con una expresión indefinible.

—¿Te sientes con ánimos para acompañarme a las oficinas de tu padre?

Ella se sobresaltó al darse cuenta de que la tuteaba.

—Sí, Max.

—Oiga, ¿dónde diablos estuvo toda la noche?

Se volvió.

—Fui a hacer unas preguntas a Bob Peters. Estaba esperándome con todo su ejército.

—¿Y...?

—Le hice las preguntas, pero él no sabía las respuestas. Esos malditos le daban las órdenes por teléfono, manteniéndose siempre en el anonimato.

—¿Y qué pasó?

—¿Se refiere a cómo terminó la charla?

—¡Maldito sea usted! Ya sabe que es a eso a lo que estoy refiriéndome.

—Bien. Peters perdió la cabeza y se precipitó escaleras abajo, sólo que tropezó y fue a estrellarse en la planta baja.

—¿Tropezó en la escalera?

—Con un cadáver.

—Ya entiendo. Tuvo mala suerte, ¿eh?

—Sí.

Mirror se quedó con las ganas de seguir preguntando.

Fue Max quien lo hizo:

—Mirror —dijo—. Usted tiene una idea sobre lo que sucede y por qué, ¿no es cierto?

—No se trata de una idea. Es sólo una remota posibilidad.

—Suéltela de todos modos.

—Mire, el padre de Alix nunca hizo discriminación alguna a la hora de emplear a hombres y mujeres de color en sus industrias y eso le acarreó muchas enemistades, sobre todo cuando decidió conceder préstamos a todo negro que los necesitara para redimir sus viviendas.

—¿Qué fue eso de los préstamos?

—Es del dominio público, hombre, no vaya a creer que se trata de un secreto. La industria está empezando a extenderse aceleradamente. Bueno, a las gentes que manejan estos asuntos se les ocurrió que el distrito negro podría convertirse en una zona industrial de primer orden si lograban echarlos de allí. Casi todos ellos tenían deudas en las hipotecas o alquileres, así que la cosa se presentaba fácil.

—Papá lo evitó —dijo Alix—. Prestó el dinero a los negros y así pudieron salvar sus casas. Estaban devolviéndoselo a plazos, ¿comprende?

—Muy bien, pero ¿qué tiene eso que ver con su «remota posibilidad», Mirror?

—Bueno, quizá a alguien se le ocurrió la manera de hacerse con el distrito para convertirlo en zona industrial a bajo precio. Eso produciría una montaña de millones a quien lo consiguiera... Sólo que el padre de Alix era un estorbo, el único que se oponía a ese «avance social».

—¿Tú eres la única heredera, Alix?

—Sí, claro.

—Lo cual explicaría que también te sentenciaron... Mirror, creo que ha dado usted en el clavo. ¿Quiénes cree usted que están detrás de ese negocio?

—Eso no lo sé. Desde luego, ahora estamos seguros de que Callahan era uno de ellos, puesto que murió tras intentar asesinar a Alix.

—Ya veo. Si por lo menos aquel negro hubiera podido hablar con Alix antes de morir... Por lo que escuché en la grabación, tenía algo que decirle respecto a la muerte de su padre.

—Lo cual quiere decir que estamos como al principio.

—No exactamente. En primer lugar, hemos eliminado a la pandilla de pistoleros que hacían los trabajos duros. Después,

tenemos una idea del motivo. Y por último, Peters y su gente estaban esperándome. Sabían que iba a ir.

—Ahí es donde me pierdo... ¿Cómo podía saberlo?

—Colphax.

—¿El pistolero? Pero ése fue encerrado por la policía.

—Ni más ni menos. Y sin duda le interrogaron.

Mirror dio un respingo.

—¡Maldición! Ya entiendo...

—No puede ser de otra manera, y ahí es donde va a entrar usted en juego cuando yo se lo diga. Tal vez se juegue la cabeza, pero tanto da morir de un balazo que de una úlcera, así que cuento con usted.

—Tiene usted un sentido del humor nauseabundo, Lumas.

—Después de todo, ésta es su ciudad, Mirror, no la mía.

—Ya lo sé, pero no quisiera que fuera también mi tumba.

¿Cuándo sabré si he de intervenir o no?

—Tan pronto Alix me haya acompañado a las oficinas que fueron de su padre. ¿Estás dispuesta?

Ella asintió, brillándole los ojos de excitación.

—Vamos —dijo tan sólo.

Salió, y cuando Max se disponía a seguirla, Mirror gruñó:

—Cuídela usted, Lumas. No volverá a encontrar otra como ella en todos los días de su vida.

—Lo sé. Ella ha hecho que cambien muchas cosas.

—¿Cómo cuáles, por ejemplo?

—Una muy importante. He vivido toda mi vida preguntándome para qué vivir. Ahora, la pregunta es al revés, ¿sabe?

—Ya...

—Eso es. ¿Para qué morir?

Salió y cerró la puerta, dejando a Mirror plantado allí como un poste, perplejo y repitiéndose machaconamente aquella diabólica pregunta:

¿Para qué morir?

CAPÍTULO X

El primero en llegar fue Lew Herman. Alto, impecable dentro de su terno tropical, el poderoso hombre de empresa entró sin embargo, sumido en un mar de dudas.

—¿Tú sabes qué significa esto, Zender?

El capitán de policía se encogió de hombros.

—Lo mismo que tú, porque supongo que te habrá llamado también.

—Sí. Lo que no me explico es cómo puede saberlo.

—Yo debí pensar que Mirror había descubierto el detalle del cuarto de baño y sacado sus propias conclusiones. Debí sospechar de él cuando en lugar de hablarme de su descubrimiento, calló astutamente.

—¿Y ahora qué?

—Veremos cuáles son sus triunfos. Es listo, el maldito, y habrá tomado precauciones.

Llamaron a la puerta y Zender abrió.

Angie Pierce, otro industrial que se había distinguido siempre por su odio hacia los negros, entró con el rostro muy pálido.

—¿Ha hablado también con vosotros? —soltó por todo saludo.

—¿Mirror? Seguro.

—El maldito..., querrá una fortuna por callarse. Lo sabe todo.

—Le pagaremos si no hay más remedio. Incluso, si es preciso, podemos asociarlo al proyecto. Pero si hay tan sólo una oportunidad de librarnos de él, lo haremos.

Zender llenó unos vasos con *whisky*, añadiendo:

—Mirror es un resentido, ambicioso como un demonio. Aceptará dinero sin ninguna duda, pero quizá sólo obtenga plomo.

—No me gusta tal como están sucediendo las cosas —dijo Pierce, estremeciéndose—. Ese forastero está vivo todavía y él sí es peligroso.

—En cierto modo tan sólo. Colphax delató a Peters y aunque llegue hasta éste, Lumas no podrá seguir adelante porque Peters no sabe nada.

Vaciaron los vasos como si estuvieran realmente sedientos.

Cuando Mirror llegó a la hora convenida, entró serenamente, la mirada brillándole codiciosamente.

Sonrió y dijo con sarcasmo:

—Aprecio en lo que vale que todos ustedes aceptaran mi... este... sugerencia para esta reunión.

—Todavía creo que está usted loco, Mirror —estalló Zender—. ¿Qué pretende realmente?

—Dinero. Mucho dinero, Zender.

—Ya veo...

—He trabajado duro para llegar al fondo del asunto. Muy duro. Mis esfuerzos merecen un premio y voy a obtenerlo. A cambio, les daré el trabajo más difícil hecho a medida.

—¿A qué se refiere? Y no se ande con rodeos.

—Ustedes quieren apoderarse del distrito de color. Esos terrenos, sin los negros, valen millones. Bueno, sólo hay un obstáculo, ¿eh?

—¿Cómo lo averiguó, Mirror?

—Eso no importa ahora. Sí importa, en cambio, saber que me he ocupado de protegerme sólidamente, así que de ahora en adelante, todos ustedes harán muy bien en velar por mi salud, porque cualquier accidente que sufra desencadenará el infierno sobre sus cabezas. Espero que eso quede muy claro.

—Rodeos y más rodeos —bufó Herman—. ¿Qué es lo que ofrece a cambio de ese dinero que quiere?

—Muy sencillo. Alix Talbot confía ciegamente en mí, lo mismo que ese forastero. Lumas cree que estoy trabajando para él en estos momentos... Pero sobre todo, la chica, y ella es el último obstáculo que se opone a su éxito. En cuanto ella muera no hay más herederos. Cualquiera podrá manipular los documentos de Talbot, sacar todo lo suyo a subasta más o menos legalmente, y con eso conseguir los comprobantes de préstamos a los negros.

—Está bien informado, Mirror...

—Ya dije que lo sé todo. Con los documentos y las hipotecas en sus manos, en menos de un año, el distrito sería suyo.

—Al grano. Usted estaba dispuesto a ofrecernos algo concreto.

—A Alix Talbot, en bandeja. Ella confía en mí.

—¿Sería usted capaz de matarla?

—Echen un vistazo por la ventana.

—¿Para qué?

—La chica está ahí fuera, esperándome en el coche. Sólo tengo que llamarla, hacerla entrar y terminar con ella.

Los tres hombres cambiaron una mirada de estupor. Luego, se precipitaron hacia la ventana, para comprobar que el detective había dicho la verdad.

La muchacha estaba sentada en el coche, fumando un cigarrillo.

—De acuerdo, Mirror —dijo Zender, sombrío—. Tráigala y hágalo aquí y ahora. Será el lazo que le unirá a nosotros para siempre.

—Más despacio, caballeros. Necesito garantías, ¿comprenden?

—Si espera que firmemos un documento reconociendo que queremos echar a los negros, y que para conseguirlo hemos eliminado a Talbot y todo lo demás, está loco, Mirror.

—Nada de firmas... excepto en un cheque. Quiero cien mil dólares como anticipo. Después de eso ya fijaremos las condiciones definitivas.

Lew Herman rechinó los dientes, iracundo.

Pero Angie Pierce dijo:

—Me parece razonable. De un modo u otro nos tiene atrapados y tenemos que asociarlo a nosotros. ¿Llevas tu libro de cheques, Lew?

—Sí, pero...

Los dos hombres firmaron sendos cheques, que Mirror contempló con ojos embobados.

—Cien mil dólares —murmuró entre dientes—. Nunca pensé tener en las manos tanto dinero, palabra.

—Tendrá mucho más cuando este asunto haya terminado.

Mirror sacudió la cabeza, pesados. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Con la misma cerilla le pegó fuego a los dos cheques y comentó:

—Creo que mi úlcera se retorcerá de ahora en adelante cada vez que recuerde que he quemado cien mil dólares...

EPÍLOGO

—¿Qué demonios hace, se ha vuelto loco?

—Forzosamente debo estarlo un poco, Zender... ¡Cien mil dólares!

Soltó los restos de los cheques, que siguieron consumiéndose sobre la alfombra.

Entonces dijo:

—Era preciso un poco de teatro, ¿saben? Sólo para estar seguros del terreno que pisábamos.

Zender dio un salto, hundiendo la mano en la axila.

—¡Una trampa! —Ladró—. ¡Maldito rastrero!

Mirror ni siquiera se movió cuando la mano de Zender salió armada de un revólver de reglamento.

Luego, aquella mano y el revólver estallaron y el policía corrompido se retorció loco de furor.

Los otros dos se volvieron en redondo, sólo para encontrarse ante la impresionante pistola de Max, que les apuntaba con su ojo fatídico.

—Hay balas suficientes para todos, caballeros —dijo el sombrío individuo—. Cada uno a su tiempo. Buen trabajo, Mirror.

—¿Buen trabajo? Obligarme a quemar todo ese dinero...

—Vuelva junto a Alix y tranquilícela. Yo saldré en seguida.

—Escuche, podemos obligar a esos tipos a confesar todo públicamente y no necesitará usted...

—¿Qué cree que pienso hacer, hombre?

—No es difícil adivinarlo, y a Alix no le gustará. Y a mí tampoco, ahora que pienso en ello.

—Estas cosas no son tan malas, Mirror. Además, hoy día ya no existe pena de muerte en ningún estado.

—Bueno, pero...

—Vivirán, no se preocupe.

Le miró, cargado de recelo. Luego, girando sobre los talones, salió.

Max balanceó la pistola y dijo:

—Recojan a ese gimoteante baboso y siéntense en ese rincón. Si alguno mueve un dedo, se muere.

—¿Qué piensa hacer?

—He grabado la conversación que han sostenido con Mirror. Haré copias de la cinta y serán reproducidas por todas las emisoras de radio del Estado. Todos los periódicos publicarán la historia. Quiero convertirlos en lo que realmente son; perros insaciables, rabiosos, que merecen ser pisoteados y destruidos.

Lew, lívido, balbuceó:

—Prefiero que me pegue un tiro..., no podría soportar eso.

—Habrá de soportarlo. Y por si les queda alguna duda, el jefe del archivo de Talbot ha confesado. ¿Cómo si no, habríamos llegado hasta ustedes tan fácilmente?

Los dos hombres se miraron. Estaban perdidos y lo sabían.

Max aún remachó:

—Repetirá su confesión ante las cámaras de televisión, la radio y los periódicos. Es la condición para que siga vivo y él lo sabe, así que cumplirá como los buenos... Me quedaré en la ciudad el tiempo suficiente para ver cómo la gente les escupe en el rostro, antes de que sean procesados.

Angie Pierce susurró:

—No lo verá usted... ni nadie.

Max dio un vistazo al pesado revólver de Zender, tirado en el suelo. Estaba intacto porque la bala había pegado en la mano del policía.

Se encogió de hombros.

—Conecten la radio cuando yo haya salido, porque el tiempo que tarde en llegar a la emisora, será todo lo que tardarán en oír esa cinta...

Se golpeó significativamente un pequeño bulto de su bolsillo. Luego, retrocedió hasta la puerta y salió guardándose la pistola.

Alix saltó del coche y corrió hacia él, pero Max la empujó rudamente, exclamando:

—¡No seas insensata, esos tipos aún tienen un revólver!

La introdujo en el coche y él saltó ágilmente en el asiento

trasero.

—¡Vamos, Mirror, larguémonos de aquí!

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Hemos sostenido una amigable charla. A propósito... nunca antes habría terminado un asunto como éste de ese modo... Estoy haciéndome viejo, no cabe duda.

—Pero, esos tipos...

Mirror arrancó, apartando el coche de la acera.

—Han quedado reflexionando.

—¿Vivos?

—Tan vivos como usted.

—No lo entiendo. Huirán, tienen dinero suficiente para hacerlo.

—Tienen algo más que dinero. Una posición social, una imagen que mantener, un prestigio que ahora va a derrumbárseles encima hasta aplastarlos, a ellos y a sus familias. No, Mirror, no creo que huyan.

El coche ganó velocidad, y de pronto dio un bandazo cuando Mirror aplicó salvajemente los frenos.

—¡Condenación! —bufó—. De modo que es eso lo que ha hecho.

—Todo lo que hice fue hablar.

—Pero ellos deben saber que nada de lo que dijeron ante mí tiene valor ante un jurado..., ni yo mismo me atrevería a acusarles sólo con eso.

—Bien, ¿cómo puede uno saber lo que hay en la mente humana? Una idea puede llegar a ser tan corrosiva como un ácido. Vamos, siga, Mirror.

Alix susurró:

—Ya basta, no quiero oír hablar más de estas cosas que apenas comprendo... Pero me alegro de que hayas podido vencer las fuerzas que pusieron en ti, Max. Es tu primer triunfo.

Mirror gruñó:

—Quisiera estar seguro de que las venció...

Pero se aplicó a conducir y ya no volvió a despegar los labios.

La muchacha sí los despegó, pero no llegó a pronunciar una palabra, porque de pronto se sintió presa de un sentimiento que la sacó de este mundo, en un vuelo, a otro que tampoco había conocido hasta esos instantes...

Era un mundo tan lejano que no llegaron hasta él las

detonaciones que retumbaron sonoramente en casa de Zender...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

